PELIGRO MORTAL
JOHN GARFORTH



Steed está sumamente interesado en los hechos insólitos que están sucediendo en el Wiltshire rural.

El viejo Harris, ferviente y empedernido admirador del extinto Adolf Hitler, ha salido repentinamente de su discreto retiro; va a verlo un flujo constante de europeos neonazis y co*rre la voz de que se practican ritos "místicos" y repugnantes.*

Al fin Steed controla la situación, ¡a tiempo para salvar a Emma Peel de convertirse en dictador de Gran Bretaña!

1
AQUI VIENE ROUSSEAU

"Vi por primera vez a Adolf Hitler en 1945, cuando yo era un joven capitán. Estaba muerto. M.I.5 quiso tener un hombre en Berlín cuando el ejército ruso se abrió paso a cañonazos a la ciudad en ruinas. Himmler y Goering ya habían pedido la paz, pero los aliados estaban decididos a destruir a Alemania de una vez por todas." Steed miró la frase "de una vez por todas" y en seguida la tachó. "Llegué a Berlín en la mañana del 30 de abril, a tiempo para presenciar el acto final de venganza de Hitler llevado a cabo por las S.S.: la inundación del Bundesbahn. Fue un acto de venganza contra su propio pueblo y lo observé consternado." ¿Horrorizado? ¿Atónito? "Y lo observé con indescriptible asombro. Si un hombre le podía hacer eso a su propio pueblo, entonces las barbaridades de los rusos no eran tales y el campo de concentración que había visto una semana antes en Belsen era justo. La guerra era viril y el mundo estaba loco. Hitler no era más que un hombre de Estado haciendo su tarea."

Steed encendió un cigarro y suspiró. Se dirigió a la cocina a calentar más café. En seguida volvió a su escritorio, se detuvo ante las enrejadas ventanas y miró a través de la bruma de la tarde los sauces floridos a la vera del río. Encontraba que no tenía objeto escribir todo aquello. Había demorado tres semanas en llegar al fin de la guerra y cuando todo estuviera terminado, tendría que repasarlo, poner algunos gráficos y notas al pie de una página para hacerlo un trabajo erudito. Pensar en frases como "lo que Stalin era para Hitler, así era Churchill para Peter Kavanagh". El martilleo nocturno de botas en las calles desiertas todavía resuena por los corredores de la historia. Y tendría que haber una broma académica: "La indecisión de Hitler sólo existe en la mente de A. J. P. Taylor"; eso haría reír entre dientes a dos profesores y sorprendería a los otros diecisiete lectores. ¡Escribir historia era en verdad un arte!

"Las primeras tropas rusas entraron a la fortaleza subterránea de Hitler tres días después y hallaron los cuerpos no de un Hitler, sino de tres. De aquí el continuo misterio respecto de los verdaderos restos. Los alemanes afirmaron que murió combatiendo a la cabeza de sus tropas, y los rusos sostuvieron que su cuerpo quedó reducido a cenizas junto con el de su esposa. Lo que en verdad tenemos es una triple certeza de que murió realmente. . ."

Había algo demasiado remoto acerca de Berlín al fin de la guerra. Este cottage isabelino en Wiltshire veintidós años después era real, y necesaria esta convalecencia. Pero el pasado era el pasado. Ahora había llegado a la parte moral: Hitler era responsabilidad de todos nosotros, un síntoma de malestar en el corazón de Europa. O la parte

admonitoria: debemos recordar que la democracia es nuestra única defensa contra otro tirano loco que vuelva a adueñarse del poder. Quizás un toque personal: en cuanto a mí, nunca pudo gustarme ese sujeto; le faltaba refinamiento.

Cuando Steed había sido golpeado y sometido a lavado cerebral un mes antes, los médicos aconsejaron reposo. Se le dio un tratamiento que lo hizo volver mentalmente a la condición de un niño, lo que fue curado con facilidad, con lo que cesó el tratamiento. Pero el Jefe había expuesto otra de sus teorías.

-Lo que necesita, amigo Steed, es trabajar intelectualmente para que su mente vuelva al presente. Ponga una apariencia de orden en su vida escribiendo los hechos y clasificando los ejemplos.

-Creo, señor, que ha pasado la moda de los recuerdos sobre la guerra...

-Ahora es la moda del espionaje, Steed. Pero, caramba, habrá hecho algo en la guerra con el M.I.5.

Steed había sonreído:

-En realidad, me encontré con una joven encantadora durante la liberación de París. Pero resultó ser espía.

-Pues, ya lo ve. Un *best seller.* ¿Cantaba en algún club nocturno? Tenga presente que cuando aparezca la película, el papel de estrella lo interpretará Marlene Dietrich.

El viejo había sido bien intencionado. Sabía que a Steed le gustaba estar ocioso, por lo que trató de sugerir algo que lo mantuviera ocupado. Lo malo fue que Steed se imaginó surgiendo de las páginas como una figura tan intrépida y heroica que ningún actor tendría la osadía de interpretarlo, lo que era un atrevimiento. En cuanto a los alemanes, escribía deliberadamente; en lo referente a los ingleses, John Steed...; e hizo una pausa para dar forma a la frase "teatro de operaciones". O, como se dice en los hospitales, escenario de operaciones.

"¡Al diablo con todo!"

Uno de los motivos por los que hasta el momento Steed no había escrito dos volúmenes hasta alcanzar el año 1970 era que necesitaba un par de coñacs dobles para hacer semejante esfuerzo, y después de bebérselos se halló echado para atrás en su sillón, reflexionando sobre el destino, la historia, la gramática y la insignificancia del hombre. Hasta Hitler hablaba con frases hechas. ¿Se le habría dejado pasar a un novelista serio una frase como: "Nunca... tantos debieron tanto a tan pocos"?[1] ¡Estilo! Era como la agudeza del Primer Ministro. La cosa no está bien hecha, como dijo alguien una vez, pero es sorprendente que siquiera haya sido hecha.

Steed decidió escribir otro párrafo el día siguiente.

Eran las nueve y media; se le había terminado el coñac, y si un hombre era tan insignificante como todo eso, más valía que hiciera un saludable paseo hasta la taberna de la aldea y oír a los campesinos

[1] Famosa alocución de Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial. (N. del T.)

locales hablar sobre sus cosechas y las estaciones periódicas. En *Jorge y el Dragón* hablaban con genuino acento de Mummerset, excepto Snowy Black Hawkins, dueño del local.

Caminó despacio por la angosta senda (Senda Karsten la llamaban en la región después del famoso accidente en que murió el nazi de ese nombre), aspirando el fresco olor a lluvia de los abedules y gozando con la completa oscuridad del campo. No existía ese brillo que había en Londres; ni faroles, ni bloques de oficinas, ni automóviles. Decidió que los hombres de Estado no debían amar a su país sino a la historia.

-Hola, aquí viene Rousseau. Buenas noches, Steed. ¿Y en qué están hoy las escandalosas confesiones? -Snowy tenía sentido del humor; su otra broma era que Steed estaba escribiendo cómo ganó la guerra sin ayuda de nadie-. ¿Dice cómo bajamos a la fortaleza subterránea de Hitler?

-Sí. -Steed alzó el vaso en recuerdo de aquellos tiempos.

-Un lugar pavoroso -explicó Black-Hawkins a los campesinos-. Como un espantoso hotel subterráneo, puro concreto y humedad. ¡No es de extrañar que Adolf se estuviera poniendo senil!

Jorge y el Dragón era una auténtica taberna campestre, sin ninguno de aquellos adornos de bronce y vigas de roble en que insisten los anuncios. Tenía siete piezas sencillas y diminutas, dispuestas alrededor del bar, y éste era una enorme cocina de piedra. Snowy Black Hawkins lo había comprado ocho años antes, cuando se retiró de la Inteligencia Militar, y había hecho lo que pudo por atraerse a la clientela automovilística; instaló una chimenea en la gran sala del bar, persuadiendo al capitán de Wiltshire a que usara el local para sus entrevistas de televisión. Mas, para alivio de Steed, la taberna no constituía un imán para el condado circundante. La única vez que obtenía ganancias era cuando los cazadores se juntaban en el prado exterior. Esa noche se hallaban ahí cinco granjeros, que se quejaban de la falta de lluvia, y una anciana en un rincón bebiendo sidra.

Parece que perdimos el tiempo -dijo Snowy. Echó los hombros hacia atrás y vociferó como viejo soldado-: Pasé ocho años de mi vida luchando contra los alemanes, dos de ellos detrás del frente de batalla y otros dos en Berlín, antes que empezara la batahola. Lo mismo que usted, Steed.

-Así fue-. ¿Y qué pasa ahora?: esos demonios vuelven a las andanzas.

-Verdad que así es. -Habían sostenido la misma conversación varias veces antes, pero no había mucho más de que hablar. Eran viejos amigos. Era mejor eso que discutir acerca de que la juventud inglesa actual carecía de empuje-. ¿Leyó lo que dijo Von Thadden la semana pasada? Dijo que Alemania no tiene intenciones agresivas respecto al resto de Europa; quiere únicamente que sean devueltos los territorios que le fueron robados durante la última guerra.

-¡Por Dios, qué archiconocido suena todo eso! -Snowy golpeó disgustado el mesón-. ¿Ese es el sujeto que se casó con una debutante inglesa?

-No. Ese fue el barón Von Thalmann. -Siempre están con la misma cantinela de los territorios que poseían antiguamente, del comunismo, África y los judíos. ¡Habladurías sentimentales! Eso era lo malo de Hitler: detrás de todo su sentimentalismo y charlatanería para asustar, no tenía una ideología positiva. -Era una observación bastante profunda para Snowy, por lo que asintió de modo imponente en los minutos que siguieron y acompañó a Steed a beberse un coñac-. Frívolos, eso es lo que son los alemanes. ¿Porque quién querría casarse con una debutante inglesa?

-Ese fue el barón Von Thalmann. -Todos esos sanguinarios son iguales. No me gustó el país; la cerveza era mala y ellos eran unos reprimidos sexuales.

-Abajo el N.P.D. -dijo Steed.

-Gesundheit!

Bebieron con solemnidad, enterrando el pasado.

Una hora después Steed caminaba tranquilamente de vuelta por la oscura senda. Ahora se sentía más optimista respecto a Alemania. En todo caso, estaban de su lado. Y en veinte años mucho puede cambiar. "Steed -se dijo a sí mismo-: 'es toda esa propaganda antialemana de este primer cuarto de siglo que sigue aflorando a la mente." Hitler estaba muerto. No importaba si se trataba de un genio, de un loco o de un político que tomaba en serio el juego. Esto era Wiltshire. Si sabía cómo mirar quizás viera un tejón buscando alimento en el cerco de arbustos o un martín pescador zambulléndose en el río. Miles de ojos podían estar atisbándolo: malévolos hurones, topos suspicaces, hombres del Servicio Secreto alemán reviviendo el triunfo de 1934, cuando, según la leyenda local, mataron a un famoso nazi en ese camino.

Steed se detuvo a la vera de la senda; la naturaleza podía ser maravillosa y a ratos tener sus inconvenientes. Cruzó la zanja, se internó entre los árboles y escogió un gran roble. Evitó con cuidado un manchón de hongos venenosos. Silbó un aire patriótico. Qué alivio.

Ernst Karsten había sido miembro importante del movimiento nazi hasta el 30 de, junio de 1934. Entonces llegó a Inglaterra huyendo de las purgas con que Hitler se libraba de sus enemigos. Pero a los quince días Karsten se mató en motocicleta. Pese, pues, a haber huido, no escapó a la muerte.

Crujieron los helechos cuando se abrió paso hacia el camino. Sus pisadas sobre el esponjoso pasto eran imperceptibles aun para el más fino oído. Se detuvo al llegar al borde. Oía aproximarse una motocicleta distante. Demasiado rápida, excesivamente ruidosa, manejada por algún chiflado poseído del vértigo de la velocidad. "Disminuye un poco -pensó Steed-; vas a matarte." Veía sombras

más allá de la zanja, reducidas repentinamente a siniestras siluetas, cuando el farol delantero se proyectó encima como una antena, girando en seguida hacia el sendero que tenía adelante.

Las sombras se movieron nerviosas. Símbolo del actual inglés. En cambio en 1934 uno no se alteraba. Se hacía la tarea, sintiéndose orgulloso de ser inglés. Eso lo hizo recordar esa Pascua' antes de que fuera a Eton. La señorita Prism lo llevó a un picnic en las dunas y conoció al padre. Nunca olvidó esa Pascua. En el juego de cricket, el padre hizo cien puntos para la aldea, contra los once del herrero.

La motocicleta pasó zumbando ante él y las ruedas chirriaron de manera espantosa en la curva cerrada del sendero; hubo chispas cuando el metal raspó la superficie asfaltada del camino, luego un grito de terror y el estrépito ensordecedor de fierros rotos. En seguida, silencio.

Cuando Steed llegó al montón de fierros retorcidos, halló una rueda delantera todavía girando sin rumbo. Pero pasaron diez minutos antes de que encontrara al conductor. Chorreaba sangre del costado de un árbol y el mensajero militar estaba a dos metros de altura con la espina dorsal metida entre las ramas caídas.

La ambulancia llegó casi media hora después y la policía se hizo presente ahí sólo unos minutos antes. Steed esperó nervioso hasta que llegaron. Se sentía casi responsable por la muerte del hombre. Había estado tan preocupado con el pasado, la guerra y Ernst Karsten, que le llegaba a parecer que había envuelto, al mensajero militar en sus divagaciones. Se acercó a las indefinidas figuras en la cerca, viendo, como era lógico, que se trataba de vacas. ¿Por qué entonces el hombre de la motocicleta había sido real? Steed había registrado la mochila del desconocido y se había enterado de 'que su nombre era sargento Alfred Wilkes, con base en Swindon, miembro de la organización de los Hombres Lobos. Dentro se encontraba también la fotografía de una hermosa joven, que había firmado: "María, para siempre".

Una pequeña tragedia humana. Steed se sentó en la cerca de la curva del camino y esperó la ambulancia. Ernst Karsten había ingresado al Partido Nacional Socialista porque era socialista. Hubo muchos de ellos en la rama, norte de la organización. Pero cuando Hitler halló necesario aplacar a los industriales, hizo eliminar a los socialistas. Karsten debía de haber huido a Rusia.

-El sargento Wilkes era uno de nuestros mejores hombres, pero destinado a matarse el día menos pensado. *Tenía* que ir parado en el

Librodot

asiento a ciento veinte kilómetros por hora. -El coronel Hayburn era un hombre suave que Steed había conocido brevemente en Sandhurst-. Aquí en Swindon tratamos de alentar a esos muchachos animosos. Coraje y espíritu de aventura. Lo malo de la mayoría de los chicos que nos llegan actualmente es que consideran el ejército como un trabajo seguro con una pensión al final. Es raro en ellos el entusiasmo por una batalla, y el orgullo de ser viriles es algo que carece de sentido para ellos.

Steed ya había oído otras veces esa teoría y no había viajado treinta kilómetros para escucharla de nuevo. Masculló algo acerca de los baños fríos y esperó que el viejo fuera al grano.

-Wilkes podía haber estado dirigiéndose a alguna parte -dijo el coronel-, o bien regresando. ¿Por qué le importa a usted?

-No sé. Quizás me porte fastidioso ante los accidentes del tránsito. -Steed aceptó un cigarro preguntándose cómo explicar que su curiosidad nacía sólo de la superstición-. Estaba parado en la escena del accidente antes de que Wilkes virara en la curva y me encontraba pensando en Ernst Karsten, que halló la muerte precisamente en el mismo lugar, treinta años atrás. Es tal la coincidencia, que me pareció necesario conversar con alguien... -No es coincidencia -dijo el coronel Hayburn-. Usted debió de haber oído la motocicleta unos tres minutos antes de que llegara donde se hallaba, lo que explicaría por qué pensó en la muerte de Karsten. Yo no creo en coincidencias.

-Yo tampoco. -El cigarro estaba un tanto seco, como si hubiera sido enrollado por alguna vieja inexperta, pero lo pasó con el whisky `que Hayburn le ofreció-. ¿Qué cosa es el Hombre Lobo?

-No tengo idea.

Más le habría valido permanecer en casa escribiendo otro poco de sus memorias. Entonces le sería posible olvidar el pasado. Se quedó unos minutos más con Hayburn, recordando los días en que el ejército formaba verdaderos hombres, y luego salió al aire fresco de Swindon. Steed odiaba la mentalidad de cuartel, con su rígida insistencia en preparación física, disciplina y estupidez. Hasta los

I oficiales eran adolescentes retardados que mentalmente nunca habían salido de Borstal. Steed compró un periódico de la tarde antes de subirse a su Speed Six Bentley y manejó despacio de vuelta al campo. Tal vez tomara té con el vicario para restablecer la sensación de ser civilizado, o quizás le preguntaría al maldito maestro de escuela sobre el subjuntivo imperfecto. ¿Qué hombre podría preferir la tosca camaradería masculina que Hayburn ` estaba tratando de inculcar? Por supuesto, el tipo ese se había ganado una reputación dudosa en Sandhurst por atisbar constantemente alrededor de las duchas y por otras perversiones semejantes, siendo finalmente sorprendido por su hermana. Steed se fue tranquilizando poco a poco, a medida que las chimeneas ` de las fábricas fueron desapareciendo en el horizonte.

Librodot

Ernst Karsten también había apreciado las amistades de cuartel. Había sido miembro fundador de las Camisas Pardas y amigo de Roehm.

¡Demonios! Seguía rumiando las mismas ideas pasadas, producto de una mente ociosa. Steed decidió detenerse en la taberna de Percy Crabbe en la A.4 para una cena temprana. Comería de esas *lasagne al f orno Piemontese.* Aquello le daría interés en la vida. Y una botella de Barolo 1947 para deleitar su paladar.

No había nada comparable a la comida italiana preparada por Percy Crabbe; cada detalle era auténtico, e incluso el lavado de la vajilla era hecho por una verdadera italiana.

Steed pasó por las puertas batientes al imponente comedor de roble y agitó la mano en dirección a Percy.

-Hoy no estoy del todo lúcido. He estado manejando la pluma y creo que me ha destrozado los nervios.

Percy recomendó una buena comida.

-Sí, pero primero me sentaré aquí a gozar de la vista. Un buen coñac Napoleón reparará lo que necesita ser reparado.

Pero no surtió efecto. Miró hacia el exterior hasta que el mozo le trajo el coñac y entonces se sentó cómodamente a leer el periódico. "La sinagoga de Swindon atacada con cruz en llamas", decía el encabezamiento. Debajo había una detallada historia acerca de cruces gamadas pintadas y lemas antisemíticos. Ju*den Raus.* No había cómo escapar del Tercer Reich.

2
"SE QUE NO SOY ATRACTIVO"

-Sé que no soy atractivo -dijo el monstruo Frankenstein-, pero así me hicieron. El Hombre Lobo lo miró con desagrado. -Debías cambiar de religión, viejo. Si no te gusta tu Hacedor, siempre puedes cambiarlo. -¿Y ayudaría eso?

-Creo que no, pero te daría algo diferente en que pensar. Digo, mira a Lucrecia Borgia: es una mujer diferente desde que se hizo cientista. Hace un año nunca se habría caído del caballo como lo hizo esta tarde. -El Hombre Lobo le arrebató dos whiskies a un lacayo que pasaba-. ¿Qué vas a hacer cuando se apaguen las luces?

-Supongo que me moriré -dijo el monstruo-. No puedo ver estas orgías. Emma Peel se hallaba detrás de ellos preguntándose qué clase de amigos tenía ella o qué clase de amigos tenían sus amigos. Doscientas personas en un gran salón divirtiéndose en conversaciones de buen tono y grupos

secretos. Deseaba que Steed no hubiera insistido en que hiciera todo este viaje desde Londres nada más que para cazar un zorro.

-Pero, Steed -había protestado ella-, usted sabe que no me gustan los Throgmorton. Yo no habría tomado en cuenta su invitación...

-Lo siento, señora Peel, pero hay algo en el ambiente.

-¿Qué?

-No tengo la menor idea.)

El joven con uniforme de las S.S. se acercó nuevamente a ella.

-¿Es usted Emma Peel? -preguntó. -Se supone que soy Dick Turpin.

-Tengo entendido que es usted una especie de agente secreto.

-Soy un salteador de caminos. -Suspiró, decidiendo que debería comportarse amable. Los de las Tropas de Asalto pueden ser desagradables-. ¿Qué es usted?

-Soy un judío.

Como broma era de bastante mal gusto, pero estaba bien para ese tipo, de fiestas. -¿Entonces por qué está con ese uniforme de las S.S.?

-¿Y por qué está usted vestida como salteador de caminos?

-Usaba este traje cuando llegué esta mañana a Berniston. -Le sentaban la chaqueta de pana verde esmeralda y las botas altas de piel curtida del mismo color, que contrastaban marcadamente con los guantes negros y el cinturón. Esta vestimenta se la había puesto para la cacería.

-Preferiría pertenecer a las S.S., pero se necesita más que un cambio de ropa para mudar de lado después de dos mil años. ¿Quiere ayudarme?

-No soy agente secreto. -La música era insulsa. Música mediocre estilo beatle. La gente del condado, como de costumbre, estaba acogiendo con entusiasmo tendencias pasadas de moda y representándolas pésimamente. Entre los que se hallaban en la fiesta había incluso un dentista disfrazado de Batman, y a medida que circuló el licor llegó a hacerse majadero en su búsqueda de un Robin-. Estuve en el mismo colegio con la hija del dueño de esta casa, que es montero mayor, y he venido sólo por el fin de semana. No soy una espía haciendo su tarea.

(-Es todo tan divertido -había dicho Cynthia Throgmorton- ahora que las barreras sociales han desaparecido. Rock and roll y toda esa gente tan heterogénea que antes una ni conocía eran una combinación que no se habría encontrado nunca cuando las familias del condado se mantenían estrechamente unidas. David Simmons era en realidad judío y ese sujeto disfrazado de Peter Pan había asistido a la escuela primaria local. ¿No había sido una

buena idea, en verdad, terminar con esos atroces bailes que se ofrecían después de las cacerías y organizar, en vez, una alegre fiesta?)

-Por supuesto, ahora Ralph es juez del distrito -decía Bugs Bunny-, por lo que no pudo venir esta noche. Le pedí que se presentara como verdugo público. Estaba furioso.

-Podía haber venido de juez.

-Muy bien -dijo David Simmons dándose por vencido-; si no puede ayudarme, tal vez quiera bailar conmigo.

-Me encantaría.

Lo malo de esos bailes de cacería es que hay muchas personas haciendo todo lo posible por entablar conversación con la gente importante; poquísimas mujeres atractivas, pocos hombres atrayentes; demasiadas personas que han venido para probar que han comprado el derecho a entrar; muchísima gente que se siente impresionada por el exceso de dinero. Y lo malo de esos bailes de cacería era que a Emma no le gustaban.

-¿Quién le dijo que soy espía? -preguntó Emma.

-Cynthia Throgmorton. Conoce toda clase de gente...

-He oído hablar de ellos. ¿Qué clase de ayuda quería usted?

David Simmons era un hombre alto, de tipo atlético, con ojos ansiosos y penetrantes. Si no hubiera estado tan preocupado, se habría visto muy atrayente. De unos veinticinco años de edad aproximadamente; abogado de profesión, irradiaba nerviosa energía. Emma lo tomó de la mano, llevándolo de la sala de baile a una de esas terrazas donde la gente bebe café, fuma cigarros y come una cena liviana. Era una noche tibia y romántica. Hizo sentarse a David Simmons en una silla de hierro forjado y le dijo que se tranquilizara.

-Siento ser melodramático -dijo él después de encender un cigarrillo con movimientos bruscos y espasmódicos--. Debe de ser toda esta gente disfrazada. Durante estas pocas horas transcurridas me he sentido rodeado de caras hostiles. Un ambiente de amenaza...

-¿No ha bebido un coñac puro? Conozco a muchas de estas personas y no puede haber gente más correcta. Ni siquiera podrían matar un zorrito, a no ser que hubiera por lo menos otras veinticinco personas -rió tranquilizándolo-. Y no se deje influir por la bulla, que ella también está poniendo nerviosos a los demás.

-Es como si volviéramos a los años treinta -dijo David Simmons-. La cruz gamada y el estigma...

-Usted no nacía todavía en 1930. -Emma le hizo una seña a un lacayo y tomó dos vasos un Campar¡ y un coñac puro. No dejaba de ser insólito el estar en actitud maternal con un hombre joven de aproximadamente su edad y ser forzada a hacer el papel de espía. Se sentía casi orgullosa. Era verdad que había ayudado

un poco a Steed cuando él lo necesitó, y que había arrojado por encima de sus graciosos hombros a más de un sujeto indeseable, hallándose cerca de una muerte espantosa; pero ser convidada a un baile de disfraces como Emma Peel, la conocida espía... "Soy una mujer de veintiocho años, de cabello castaño rojizo, ojos verdes y con una figura de modelo: un poco más delgada que la Venus de Milo, pero con un tono rosa más hermoso. Soy bella"-. No me gustan los bailes de disfraces -dijo pensativa-. Son tan innecesarios.

-Ayudan a crear un ambiente irreal -masculló él-. Se necesita un ambiente así para quemar antorchas humanas, para violar o para una guerra racial. Si usted se hace pasar por Hombre Lobo, todas las cosas pueden volverse posibles. Es como hacer una llamada telefónica anónima a medianoche: uno puede decirle a alguien que no vaya al baile de cacería de los Throgmorton si está oscuro, o llamar judío a alguien y mofarse de la circuncisión. Los que profanaron la sinagoga la otra noche no se habrían atrevido a hacerlo de día, porque, ello habría sido evidentemente absurdo.

-¿Conque lo amenazaron si venía a la fiesta? -De inmediato Emma se convirtió en eficiente agente secreto, lo que la irritaba, pero tal vez era algo que debía averiguar-. ¿Le dieron alguna pista para descubrir su identidad?

-Dijeron que me expondrían como judío para que todos me vieran, y que la próxima vez no estaría gimoteando, sino muerto. -Se estremeció ante el recuerdo-. No sé quiénes eran. Hombres Lobos. . ., unos cuantos idiotas. ¿Pero cuántos idiotas se necesitan para provocar problemas?

Emma asintió maternalmente y retrocedió hacia la columnata que daba a los rosales. Había visto a un par de invitados acechando al alcance del oído, mirándolos de continuo a ella y a David Simmons y riendo disimuladamente. Eran el monstruo Frankenstein y el Hombre Lobo. Cuando ella se aproximó, hicieron un movimiento de retroceso.

-¿Están buscando algo? -inquirió.

-¡Vaya! -exclamó extrañado el Hombre Lobo.

-Tenga cuidado, Dick Turpin; es noche de luna llena. -Frankenstein le dio una feroz y significativa mirada-. Mi amigo se pone un tanto salvaje en estas ocasiones.

-¿Está usted amenazándonos? -David corrió al lado de Emma.

-Usted sabe lo que son los Hombres Lobos... -Se agachó rápidamente cuando Simmons le lanzó una bofetada y en seguida contraatacó golpeándole en el estómago. El monstruo, por supuesto, era fuerte, y su segundo puñetazo lanzó a Simmons sobre las gradas de la terraza-. ¡Socorro! Estamos siendo atacados -gritó el Hombre Lobo. Presa de pánico, se dio

vuelta hacia Emma y trató de empujarla hacia Simmons, pero ella se hizo a un lado, obligándolo a hacer un salto mortal y caer en la silla-. ¡Socorro! -El monstruo lanzó a la muchacha salvajes puntapiés al estómago y efectuó un nuevo salto mortal cuando ella le cogió el pie y se lo retorció por sobre la cabeza. Quedó tendido al lado de la balaustrada pidiendo auxilio a gritos.

Emma apenas alcanzó a esbozar una sonrisa. El monstruo la había agarrado por detrás. Al principio no se resistió a sus brazos, pero luego se inclinó hacia adelante, le alzó bruscamente una pierna y cayó con todo su peso sobre la rodilla. El monstruo fue lanzado hacia atrás, yendo a dar contra el suelo.

-¿Hemos terminado? -preguntó Emma. No. El Hombre Lobo estaba tratando de llegar a la puerta. Saltó sobre Emma con los ojos cerrados y la boca abierta. Cuando volvió a abrirlos iba por el aire sobre la balaustrada, desplomándose después entre los rosales.

-Ahora -dijo Emma- vamos a discutir esto como gente razonable.

La joven se acercó al monstruo. Este gimoteaba lloroso y cuando ella se le sentó sobre el pecho, empezó a gritar de nuevo. Se calló después de recibir el séptimo golpe a los riñones. Por fin sonrió y accedió a hablar.

-¿Qué significado tiene disfrazarse de Hombre Lobo?

-Bien sabe lo que son las fiestas -jadeó-. Es preciso ser original.

-¿Qué es un Hombre Lobo?

-¿Puedo ponerme de pie? -Era un hombre alto, de aspecto acabado, que en traje corriente no habría aterrorizado ni a un monaguillo-. Un Hombre Lobo es alguien que se convierte en lobo cuando hay luna llena.. . -Volvió a sentarse de golpe-. ¿Por qué procedió así? Le estoy diciendo la verdad. Lon Chaney hacía ese papel en el cine, y cuando Cynthia me dijo...

-¿Cómo se llama usted?

-Picton-Murbless-Gore. Aunque en realidad soy el hijo menor. Bertram. Creo que no hemos sido presentados.

Después de otras cuantas sandeces, Emma tuvo la impresión de haberse equivocado. El joven era tan inocente como parecía. La única razón para venir como Hombre Lobo era que Cedric lo había amenazado con darle medio litro de sangre si se disfrazaba de Drácula.

-Tuve una maestra de escuela como usted en Tunbridge Wells -dijo lánguidamente.

-¿Sí? -Subió presurosa las gradas para juntarse con los demás invitados.

-Me pegaba todos los días.

-La comprendo perfectamente.

El grupo en el salón de baile seguía tocando pésima música estilo beatle mezclada con otra igualmente mala de Carl Perkins, pero nadie prestaba mucha atención. Los invitados estaban distribuidos en parejas alrededor de las escaleras y dormitorios; otros, atontados por el alcohol, se hallaban debajo de los muebles; más allá otras personas formaban un gran círculo frente a la puerta de la biblioteca. Miró a su alrededor buscando a David Simmons, pero parecía haberse desvanecido. ¡Qué pusilánime! Pedirle ayuda a una chica y después abandonarla al empezar la pelea. Decidió volverse a casa.

Lo malo era que debía quedarse allí ese fin de semana. Atisbó disimuladamente en derredor y en seguida se dirigió hacia la escalera.

-Querida -llamó Cynthia-, no te puedes ir a acostar todavía. Hemos estado oyendo unos gritos terribles provenientes de la biblioteca. ¡Han violado a alguien!

-¡Retrocedan! -pidió Lord Throgmorton. Tenía llave de la biblioteca. El gentío le abrió camino para llegar a la puerta. Emma esperó. Deseaba verlo todo.

Lord Throgmorton abrió la puerta y luego, horrorizado, dio un paso atrás.

-¡Dios mío! -bramó-. ¿Qué diablos está haciendo ese tipo ahí dentro? -Unas pocas mujeres gritaron y alguien rió antes de que empezara el murmullo de asombro y disgusto. Después la gente empezó a forcejear para entrar a la biblioteca.

-Emma, ven a ver lo que le han hecho a David -gritó Cynthia.

El joven colgaba de la lámpara por las muñecas. Estaba vivo, pero desnudo desde la cintura para abajo y tenía atado un cartel que decía: "Un judío es siempre un judío". Le habían subido los faldones de la camisa metiéndoselos en la boca para formar una mordaza.

-Vean -dijo Lucrecia Borgia-; ¿han visto alguna vez algo semejante?

Batman protestó:

-¿A quién está tratando de impresionar? Pero de inmediato Lord Throgmorton tomó el mando. No era de los que no hacen nada. -Todas las jóvenes de menos de diecisiete años vuelvan al salón de baile -ordenó. En seguida se dio vuelta irritado hacia su mujer-. No te quedes ahí mirando, Millie. Haz salir a las jóvenes.

Mientras las hermanas Brontë discutían a su lado sobre higiene judía, Emma buscó una silla y se subió para soltar al pobre hombre. Este tiritaba de vergüenza y era evidente que estaba horrorizado ante el escándalo. Emma cortó el pañuelo que tenía en los puños y Simmons cayó al suelo.

-¡Mal nacidos! -gimió-, demonios mal nacidos. -Se puso dificultosamente de pie, abriéndose paso entre los invitados-. ¡Bastardos!

Emma recogió el cartel del suelo. Ya David Simmons no lo necesitaría. Lo metió en uno de sus bolsillos exteriores y subió a acostarse.

3
"ALGUIEN ASESINO A FREDDIE"

Cynthia Throgmorton subió a acostarse a las tres de la mañana. La fiesta había terminado hacía rato, pero los invitados demoraron en irse. Emma la oyó detenerse frente a su puerta. Un golpe suave.

-Emma, ¿estás despierta?

Seguramente transcurriría otra hora antes de que pudieran dormirse. Las antiguas costumbres de los internados para señoritas demoran en desaparecer. Eso de escobillarse el cabello y beber cocoa, los intercambios de experiencias... Deseó únicamente que Cynthia no quisiera meterse en su cama.

-Lo siento, pues es tan tarde -dijo Cynthia en voz baja cerrando la puerta-. Freddie insiste siempre en hacer el amor conmigo antes de irse a casa. Y esta noche estaba tan borracho que demoró cuarenta y tres minutos.

Emma miró automáticamente su reloj. -Creía que te casabas con Albert.

-Sólo con el objeto de procrear. Será conde al morir su padre. ¿Cómo hallaste a Freddie? -Un elemento de éxito para cualquier mujer.

-Es un pesado cuando está borracho. Creo que se lo cederé a otra cuando avance la estación. -Con un puntapié se desprendió de sus zapatos de baile y se sentó al borde de la cama-. Fue Freddie quien le hizo esa broma al pobre David. ¡El imbécil! Quiero decir que no es antisemita ni nada parecido. Creyó únicamente que sería muy divertido hacerle esa chanza a alguien. ¿Puedo meterme a la cama contigo?

-Bueno. -Cynthia tenía veintisiete años y ahora era toda una mujer. Una verdadera mujer. Si hubiera necesitado dinero, se podría haber ganado la vida como luchadora profesional. Sus largos cabellos rubios eran tan hermosos ahora como lo fueron diez años atrás, cuando Emma envidiaba las ondas naturales y el cuerpo voluptuoso de la muchacha. Notó con un dejo de maldad que la cara de Cynthia seguía pareciéndose a la de un perro de lanas francés-. Supongo que Freddie es un Hombre Lobo.

-Sí. Hablando de lo cual... -Le dio un ataque de risa que hizo crujir la cama-. El Hombre Lobo. ¡Casi me reventé de risa! ¿Qué estabas haciendo con Bertie en el jardín? Emma se encogió de hombros. -Maltratándolo un poco.

-Fue una suerte para Bertie. Solía hacerme lo mismo años atrás, pero pronto me aburrí de aquello. Es tan infeliz. Quiero decir que cuando se trata de conversar, nunca dice nada. Habla sobre esas antiguas películas de Boris Karloff. Dios ayude a este país cuando llegue a ser parlamentario. ¿Te gusta mi perfume?

-Muy agradable. Cuéntame sobre los Hombres Lobos...

-Demonios se quejó Cynthia-, se trata de todas esas sandeces de boy scouts acerca de ser inglés y probar cada uno su virilidad. Yo sólo conozco una manera para que el hombre pruebe su virilidad. Esto fue un regalo de Albert cuando regresó de París y se llama algo así como *Sueur du Désir.* Creo que no me gusta. Me baso en la idea de que las violetas con que lo elaboran son sintéticas, mientras que el cuerpo humano es naturalmente atractivo. -Se echó para atrás en las almohadas y pensó un momento-. Como el de los animales, supongo. Pero no surtió efecto con Freddie. -No podía oler nada debido a los vapores del whisky.

-¿Pueden las mujeres ingresar al grupo de los Hombres Lobos?

-Pero, por Dios, no necesitas probar tu virilidad, ¿no es así?

-Puedo estar de acuerdo con sus principios. Cynthia la miró y luego cerró los ojos. -No creo que tengan principios. No hacen más que pintarrajear cruces gamadas en las sinagogas, disolver reuniones del Partido Comunista y pelear con la gente. Hacen cosas valientes, como jugar a la ruleta rusa. -Se enderezó repentinamente y se sacó su combinación azul; en seguida se movió de un lado a otro hasta quitarse la faja y las medias-. Ah, eso sí, tienes que creer en Hitler. Cosas por el estilo. Banqueros judíos.

Bostezó y volvió a cerrar los ojos.

-¿Te gustó la escuela de educación social?

-No mucho.

-Supongo que no. Eras demasiado sofisticada. Nunca tuviste manchas o gramos de más. Y dejabas boquiabiertos a todos los oficiales jóvenes. Y a los muchachos italianos de la aldea. ¿Qué se siente al tener veintiocho años?

Emma sonrió en la penumbra.

-Casi lo mismo. ¿Te estás quedando dormida?

Freddie me dejó agotada.

-Vayamos a la próxima reunión de los Hombres Lobos. Podría ser divertido.

-Es pasado mañana. Buenas noches. Emma se movió hacia el borde de la cama. -Buenas noches.

-Los Hombres Lobos son una organización secreta que se ocupa de problemas que sólo pueden ser tratados ilegalmente en una democracia. Todos saben que Gran Bretaña está siendo invadida por gente de color, que los judíos tienen demasiado poder y que el socialismo ha menoscabado nuestro temple moral. Pero legalmente no podemos hacer nada para detener la podredumbre.

Estaban sentados en una pieza del club Old Barn, una taberna histórica que había sido construida cuando Wiltshire pasó a ser la capital inglesa de los neoyorquinos en 1960. Se vendía allí una excelente cerveza y cada ávido oyente estaba sentado con el tradicional jarro espumoso ante él. Cerveza y política era una espléndida receta que había sido olvidada últimamente. Lo que era una lástima. Era indudable que el alcohol estaba agregando entusiasmo al discurso principal.

-No nos preocuparemos en ganar votos o en rogarle a la prensa que nos conceda una audiencia imparcial. Haremos una lucha de guerrillas para destruir el sistema británico de gobierno. No marchando sesenta kilómetros cada Pascua de Resurrección ni sentándonos en Trafalgar Square. Lo haremos como lo hicieron los judíos en Palestina, por el terror secreto. En el plazo de seis meses sumiremos al país en el pánico y el caos.

Freddie Flamborough era un orador fluido y disimulaba con su apasionamiento su falta de profundidad. Su austero uniforme de capitán agregaba una nueva dimensión de amenaza. Emma imaginó que las cervecerías de Baviera en los años veinte debían de haber visto algo parecido a esto: tipos igualmente fáciles de desechar por neuróticos, pero en esas ocasiones altamente peligrosos. Miró a su alrededor a los oyentes de Freddie. A Cynthia, que no estaba escuchando. Al disperso grupo formado por soldados rasos de caras pastosas, media docena de oficiales y los hijos bien criados de una clase dirigente casi extinta. Si el asunto tenía una motivación seria, decidió Emma, era probablemente algo que tenía que ver con alcanzar el poder, que había pasado ahora a una sección diferente de la comunidad. Por lo que los oficiales y caballeros estaban estableciendo una acción de retaguardia.

-¿Hay preguntas? -inquirió Freddie, apoyándose, con ojos vidriosos, sobre la mesa.

-Sí. -Era Emma Peel-. Dado que usted llevará al país a un estado caótico, ¿cómo propone apoderarse de él y correr con la administración?

-De la manera como siempre han hecho los conquistadores. ¿Nada más?

-Sí. ¿Cuál es su filosofía política propia? -Creo que no me ha estado escuchando. Emma se puso de pie, dirigiéndose hacia la mesa.

-Estaba escuchando. He oído hablar otras veces a la gente. Ahora trate de influirme. -Se sentó al borde de la mesa y esperó.

Librodot

Freddie la quedó mirando con cara de incredulidad y luego vació su bilis.

-La vi la otra noche en la fiesta de los Throgmorton con David Simmons. ¿Qué está haciendo aquí?

-Querido -dijo Cynthia desde atrás-, yo traje a Emma conmigo. La he conocido desde que nosotros...

-¿No ha sido iniciada?

-No. -Emma sonrió radiante-. Y dada esta evidencia creo que no me molestaré en hacerlo. Prefiero volver a los Sea Rangers.

Los veinte miembros la observaron con ceñuda hostilidad mientras caminaba entre ellos hacia la puerta. Nadie se le interpuso, por lo que tuvo que bajar al bar. Pidió un Campar¡. Al cabo de un cuarto de hora bajaron los Hombres Lobos y continuaron con la parte social de la velada.

-¿Señora Peel? -Era un hombre de unos cincuenta años que había estado en la reunión. Tenía sienes canosas y una sonrisa aprendida de observar a Cary Grant-. Soy el coronel Hayburn. -Hizo chasquear autoritariamente los dedos en dirección al barman y pidió un whisky doble-. Me gustó su intervención allá arriba. Ganó sin dificultad y admiro a la joven que pueda ganar en forma elegante. Pero, por supuesto, dejó usted la iniciativa para continuar el juego con nosotros. Bebamos por un fructífero conocimiento mutuo.

Emma alzó su vaso y se demostró debidamente encantada.

-*Podemos* contestar las preguntas que usted hacía, porque tenemos enormes riquezas detrás de nuestra organización. Varios millones de libras. Y tenemos un caudillo perfectamente capaz de dirigir el país entero. Pero tendrá que disculparme si en este momento no digo más a este respecto.

El coronel Hayburn se agachó sobre la barra y tomó la botella de Campar¡ desde el estante, llamó a "Charlie" por el resto del whisky y luego cogió el brazo de Emma.

-Busquemos un rincón donde podamos llegar a conocernos mejor. He estado deseoso de ser presentado a usted desde que supe cómo castigó a Picton-Murbless-Gore. Me gustan las chicas de carácter.

Fue a sentarse con él en un rincón, dejándolo que se ocupara de los licores. Hayburn era aficionado a la compañía femenina y sustentaba la teoría de que podía beber más que ninguna mujer en el mundo. Pasaron una hora haciendo la prueba.

-Imagino que estaría defendiendo a Simmons -sonrió indulgente-. Debe de ser un tipo atrayente, supongo. ¿Le gustó descolgarlo de la lámpara?

Hacía unos minutos que Emma golpeaba el suelo con el pie al compás de la música antes de darse cuenta con sorpresa de que había una discorola en esa vieja posada.

Librodot

-No comprendía qué estaba sucediendo -explicó la joven-. Más tarde esa noche Cynthia me explicó lo de los Hombres Lobos.

Hayburn rió suavemente, arrugando los ojos, lo que daba la impresión de que no la estaba mirando.

Tenemos unas cuantas ceremonias como ésa, para separar los lobos de las ovejas. Ja, ja. Siendo una organización ilegal, nos vemos obligados a hacerlo para que nuestros miembros infrinjan las leyes. Así ejercemos dominio sobre ellos y entonces tienen que amoldarse a las normas de la organización. Todo esto es un poco infantil, creo yo, pero bastante agradable si se llega con la mentalidad apropiada. Después de todo, la política es un tanto infantil. Hacemos que nuestros miembros quemen la puerta de una sinagoga, violen a una negra o humillen públicamente a un judío. Inofensivo, pero ilegal. Como las ceremonias de iniciación cuando se entra a un nuevo colegio.

-En todo caso, ¿quién quiere ser adulto? -Emma bebió su whisky, completando, al igual que él, su tercer vaso-. Salud. -Quizás el hombre esperaba una observación menos intrascendente-. Tiene que inventar entretenciones para sus miembros, ¿no es así?

-Ese es el secreto de gobernar, querida amiga. Ha dado en el clavo. A veces el cambio de guardia o la Parada del Lord Mayor es suficiente, pero en otras ocasiones se necesita una guerra espantosa para entretener al pueblo. Llaman a eso naturaleza humana. Yo mantengo contentos a mis miembros con violencias insignificantes y actos de terrorismo; de esa manera podemos avanzar. Pero admiré su percepción al hacer notar que se necesita algo más que eso para tomar realmente las riendas del poder. Necesitaremos un movimiento hitlerista juvenil y un ambiente de violencia para r mantener nuestro apoyo y precisaremos de varios millones de judíos o negros que servirán de cebo a la brutalidad. Tal vez incluso unos cuantos campos de concentración durante un tiempo, para divertir a nuestro desorganizado país. Estas son concesiones al sadismo del pueblo y cuando le demos una válvula de escape a su sadismo, ellos nos darán el poder. -Rió con conocimiento de causa-. La política no es un juego para idealistas, ¿no le parece?

Emma quedó pensativa. Nunca le habían gustado mucho Harold Wilson o Harold Macmillan, pero después de todo quizás eran hombres con conciencia de la limitación de sus atribuciones.

-¿No se está pareciendo esto a la decadencia y caída del Imperio Romano?

-¡Yo no soy homosexual! -Fue dicho con tanto énfasis que el whisky de seguro ya debía estar surtiendo efecto-. ¿Qué opina de los comunistas? -preguntó a Emma finalmente.

-Me son indiferentes. Conocí una vez a un director del Teatro de la Unidad y me aburrió a morir con su concentración en un solo tema. Pero hay muchos fascistas que me producen el mismo efecto.

-He ideado su prueba de iniciación. -Su risa era de ebrio-. Creo que la divertirá. Después, cuando la haya pasado, la presentaré a nuestro líder. Beba y le contaré todo lo referente a eso.

Emma respiró profundamente. No era nada haber trepado más de veinte metros hasta lo alto de la Sala de Conferencias de la Universidad de Bahía, porque con ello no arriesgaba más que su vida, y haber colgado una bacinica de la aguja de la torre había demostrado lo juvenil que era. Pero esto se veía diferente. ¿No podía ser únicamente amiga del grupo, como Cynthia, una inofensiva agregada? Al parecer, no.

-El próximo objetivo es el cuartel general comunista. Nos gustaría que usted dirigiera la incursión el jueves. Sería una ladrona encantadora.

-Jo, jo, jo; rió tanto que dio la impresión de que estaba completamente borracho-. Bébase otro trago por nuestro éxito.

-Glu, glu, glu.

Emma le llenó el vaso con el resto de la botella de whisky. Luego, cuando Hayburn señaló el vaso de ella, lo llenó también.

-Por nuestro éxito. -La joven sonrió irónicamente-. Que gane el mejor.

El coronel se puso de pie tambaleándose. -Demonios, por supuesto. Que gane el mejor. -Se bebió el whisky en dos sorbos-. Venga a mi casa a tomarse el último -farfulló-. Hay que conocer a los nuevos amigos. -Creo que ya sé todo lo que necesito. Tendrá que estar en mejores condiciones para enseñarme algo más.

Emma bebió el resto del Campar¡, cogió su bolso y salió resueltamente de la taberna. Al pasar junto a Cynthia señaló al coronel, dándole a entender que necesitaba ayuda. Luego salió. Con pueril satisfacción notó que esta vez Hayburn no la seguía. Diez minutos después éste era sacado por Freddie Flamborough y un cabo.

-Steed -dijo la joven esa noche hablando por teléfono-, creo que se nos necesita. -Tonterías, señora Peel. Ambos necesitamos vacaciones. Vemos fantasmas en las sombras y amenazas en las fases de la luna... -No hay necesidad de ser literario.

-La pluma es más poderosa que la espada, señora Peel. No hay que menospreciarla. Solamente esta mañana demostré cómo Dunker que podía haberse transformado en victoria.

-Muy bien, ya verá. -Colgó irritada el fono. Ella sola salvaría al mundo de la dominación nazi.

Llovió la noche del jueves y en las vacías calles de Swindon el agua resonaba y salpicaba como en un barrio bajo victoriano. Sus voces sonaban fuertes y desagradables mientras se acercaban a

Jubilee Street. El reloj del Ayuntamiento dio las dos en la plaza del mercado. Emma se sentía inesperadamente tensa cuando llegaron al cuartel general comunista; tal vez, se decía a sí misma, porque estaba trabajando con aficionados. Se agruparon ante la puerta del local y los cuatro hombres la miraron, esperando sus órdenes.

-¿Arrojamos únicamente la bomba de gasolina y escapamos? -preguntó el cabo Higgs. -No sea necio. -Emma sacó de su bolso un poco de *perspex y* lo pasó alrededor de la cerradura. Una leve presión del hombro y la puerta crujió abriéndose. Toda la operación había demorado tres segundos. No había cerrojos ni alarma contra ladrones. Los comunistas eran gente confiada.

-Entren -cuchicheó.

Fuera de Higgs había dos profesores de la escuela secundaria local (uno de ellos no contaba realmente porque era profesor de deportes), además del coronel Hayburn. Emma cerró la puerta tras ellos.

-¿No hay novedad? -preguntó en voz baja.

-No hay nadie aquí.

-Qué bien. -Emma encendió todas las luces.

Hayburn se puso pálido.

-¿Le parece acertado? Se nos puede ver perfectamente desde la calle.

Era una antigua verdulería, con dos piezas y una cocina al fondo. Los departamentos de encima tenían entrada aparte y no parecía haber sótano con imprenta clandestina.

-Por supuesto que pueden vernos -suspiró Emma-. Lo principal es parecer que estamos en nuestra casa. Higgs, siéntese en esa silla y tome aspecto de bolchevique. Mire complaciente mientras damos una ojeada a los archivos. -Se dio vuelta hacia el coronel, encogiéndose de hombros-. Supongo que lo único que le queda a usted es ir a la cocina y prepararnos té.

-Pero…

-Calma los nervios cuando se está trabajando tarde. Y si el policía de ronda entra a charlar un rato, no dejará de reconocerlo. Escóndase, por lo tanto, mientras hacemos nuestro trabajo.

El coronel Hayburn tuvo que luchar contra sus convicciones de que el papel de la mujer estaba en la cocina, pero luego de refunfuñar hizo lo que se le ordenaba. Emma siguió a cargo de los tres aterrorizados ladrones mientras registraban los papeles del partido. Daba lástima leerlos. Una lista con las direcciones de setecientos partidarios, que era en realidad gente que sólo había asistido a una reunión o a una subasta pública de baratijas. Ciento tres miembros inscritos, de los cuales setenta y dos no habían pagado su cuota hacía años. Y en otro cajón había cartas de King Street, copias en papel carbón de cartas al *Morning Star,* estúpidas cartas de sólido apoyo para esto y aquello, fuertes protestas en términos enérgicos contra otras barbaridades. Se preguntaba para qué se estaban molestando. ¿Era ésta la verdad

detrás del espantoso fantasma que obsesionaba a la civilización occidental? Andrajosos, necesitados e intelectualmente estériles. -Quizás se alegren si le prendemos fuego a este lugar -dijo Emma-. Necesitan el dinero del seguro.

-Apúrese -gruñó Higgs-. Hemos estado aquí treinta y cinco minutos.

Emma notó que el profesor de deportes le daba vueltas a la bomba de gasolina como si fuera un rosario y que el otro profesor se acercaba una y otra vez a la ventana, atisbando hacia la calle.

-Podían apurar esa taza de té-ordenó la joven-. Díganle al coronel que tenemos sed. El cabo Higgs entró a la cocina.

Coronel Hayburn -susurró-, señor.

-Sal de aquí -oyó ella que decía con voz ronca-. Estoy ocupado. -Era apenas visible a través de una grieta a un costado de la puerta, echado pensativamente sobre la mesa de la cocina y mirando con fijeza una botella.

-Salgamos cuanto antes de aquí -dijo con voz tajante el profesor-. Tengo un miedo espantoso.

Emma rió alegremente y se sentó en el escritorio.

-No había para qué venir aquí y no registrar totalmente el lugar. -Estaba gozando con la ocasión. Era una verdadera prueba de la hombría de ellos. Con un alfiler doblado logró abrir el cajón del escritorio mientras los demás sudaban de terror.

-Pronto -gritó el profesor de deportes-. Aquí viene un policía.

-Cálmese. Siga buscando entre esas hojas sueltas, por el amor de Dios. Todos se están portando como colegiales en una excursión. ¿No era esto una prueba de audacia? -Meneó la cabeza por este comportamiento infantil antes de volver su atención a los papeles que tenía sobre el escritorio.

La circular de la Sociedad Bancaria Cooperativa al Por Mayor demostraba que el partido tenía a su favor treinta y siete libras y que alguien llamado B. H. Keegan lo mantenía a flote. El último cajón contenía archivos marcados con nombres tales como Hayburn, Throgmorton, Harris... Emma se dio cuenta de que alguno de los Hombres Lobos debía de ser espía.

La perilla de la puerta de calle se movió desde el exterior.

Los archivos anotaban quiénes habían asistido a las siete últimas reuniones desde enero y resumían lo que se había dicho. Se daban pequeños esbozos de miembros individuales y se hacían conjeturas en materias tales como finanzas y ayuda. Sería fácil determinar quién había redactado esos informes.

Se oyó un golpe en la puerta de calle. -Están golpeando -dijo el profesor de deportes.

-Pues vaya a abrir -replicó Emma pacientemente-. Y recuerde que si se muestra nervioso nos arrestarán a todos.

El hombre se dirigió a la puerta. Mientras éste daba las buenas noches al policía, Emma miró por sobre su hombro para ver si Higgs o el coronel podían causar inconvenientes. Pero había silencio en la cocina.

-Buenas noches, alguacil -dijo Emma-. Qué bueno saber que se nos cuida con tanta eficiencia. ¿Podemos ofrecerle una taza de té mientras está aquí?

El policía resopló un momento mientras observaba los tres rostros.

-Sería muy bien venida, señorita. Esta noche hace frío afuera. Felizmente ha cesado la lluvia.

Emma asomó la cabeza por la puerta de la cocina y llamó

-Higgs, prepare otra taza de té para el alguacil. -Sonrió tímidamente al oír el estrépito de una bandeja que caía al suelo-. ¿Es usted el policía habitual en esta ronda? -preguntó por conversar de algo.

-Sí, señorita. No creo haberla visto antes. -No me puede haber visto. Soy de Londres. King Street me envió acá para poner orden en algunas confusiones locales. Por eso estos pobres señores están trabajando hasta tan tarde.

-¿Está aquí el señor Goldman? Emma se echó a reír.

-Temo que no. Debido a él son estas confusiones. No trabajará más aquí.

-Pero ha sido secretario durante diecisiete años. -El alguacil se sacó el casco, rascándose la cabeza-. ¿Ha sido sometido a una purga?

-Es decir, relevado de sus funciones. No ha sido liquidado porque estamos en Inglaterra. Ja, ja, ja. Las cosas han cambiado en estos tres años desde que se retiró el señor Khruschev. A propósito, éste es el señor Keegan, el nuevo secretario. -Le hizo una seña al profesor de deportes-. Salude al policía, señor Keegan.

-Hola -dijo el aludido.

En ese momento entró Higgs con el té; tenía el aspecto nervioso de una anguila a punto de ser congelada. Las tazas se entrechocaron cuando colocó la bandeja sobre el escritorio. -¿Un terrón, alguacil, o dos?

-Tres, si no le importa, señora...

-Peel. Siento que no tengamos bizcochos de chocolate.

-Está bien así, señora Peel. Se supone que debiera estar adelgazando.

El policía seguramente estaba acostumbrado a tratar con gente inamistosa, porque no demostró sospechar en gran medida de los tres lacónicos hombres que permanecían a su alrededor esperando que se fuera. Así fue que descansó y bebió tranquilamente su taza de té, hablando gozoso de los días tranquilos de 1936, cuando estuvo a punto de inscribirse en el Partido Comunista.

-Pero me alegra no haberlo hecho -dijo con solemnidad-. La ocupación de Europa oriental no fue una maniobra fraternal, y miren

Librodot

a Hungría. Feo asunto ese. Yo mismo soy apolítico. En la policía es preciso serlo.

Finalmente puso su taza vacía en medio del escritorio, se colocó el casco y expresó que debía irse.

-Ojalá usted permanezca por estos lados, señora Peel -declaró-, por lo menos el tiempo suficiente para darme otra taza de té. Buenas noches, hermanos. Ja, ja, ja. -Y salió a la calle muy complacido consigo mismo.

Tan pronto como el policía dio vuelta la esquina, Higgs corrió a la cocina y sacó a viva fuerza al coronel Hayburn.

-Me voy, por los mil demonios -le gritó a Emma-, y usted puede quedarse el tiempo que se le antoje.

La joven no dijo nada. Se puso los archivos bajo el brazo para poder leer más sobre los Hombres Lobos cuando estuviera acostada, miró rápidamente a su alrededor para ver si no habían dejado nada que pudiera delatarlos y siguió a sus compañeros. Estos iban ya a mitad de la cuadra, caminando ruidosa y rápidamente, con el coronel Hayburn al medio.

-Carácter -decía el coronel con voz de ebrio-, siempre me gusta alentar a alguien con carácter cuando lo encuentro. Esa mujer tiene carácter aventurero. Me gusta eso. Audacia. La emoción de la lucha.

No habían hecho explotar la bomba de gasolina, pero era mejor así. Emma dudaba de que el Partido Comunista diera aviso sobre el robo de unos cuantos archivos, y de algún modo se explicaría la misteriosa reaparición del señor Goldman en su puesto la próxima vez que el policía entrara al local. Pero el incendio provocado intencionalmente era un crimen.

-Emma, perrita, aquello fue muy bien llevado. Venga para acá y déjeme apoyarme en usted. Me gustó lo que hizo; demostró valor.

El coronel Hayburn pasó un brazo alrededor de los hombros de Emma y caminaron tambaleándose hacia el terminal del ferrocarril. Ahora que el tiempo había mejorado parecía contento de nuevo. Saludó vagamente con la mano a los tres hombres y se instaló en el asiento del Lotus Elan de Emma.

-¿Adónde vamos? -inquirió.

-Al cuartel de su regimiento -dijo ella suspirando.

Hayburn habló incoherentemente durante todo el viaje de vuelta, pero se dio a entender en forma clara. De ese modo trató de explicarle que se considerara iniciada en la organización de los Hombres Lobos y que admiraba su coraje. Que le gustaba alentar el coraje cuando lo notaba en alguien. Que iba a hacerla persona importante en el movimiento porque tenía carácter. Y otras cosas por el estilo.

-Me refiero, Emma, a que no debe creer que somos un grupo de boy scouts. Somos una organización terriblemente seria. ¿Le

Librodot

dije que tenemos siete millones de libras a nuestra disposición? Eso es bastante dinero, mi vieja. Pero hay algo más. Los siete millones están en oro puro o cosas así. No en esa basura de papel moneda. No obstante, dentro de algunas semanas podremos fabricar nuestros propios billetes. ¿Se lo conté ya? Pronto tendremos las prensas que usó Hitler para imprimir moneda inglesa durante la guerra.

-Apostaría a que el gerente de su banco lo trata de "sir" -dijo Emma.

Hayburn la quedó mirando malhumorado; en ese instante ella viró a la izquierda entrando a la plaza de armas.

-Usted no es de las de tipo suave y sumiso, ¿no es así? ¿Qué se precisa para hacerla desmayarse?

Emma detuvo el auto con un chirrido de ruedas al lado de la caseta de guardia, sintiéndose desfallecida. El auto próximo al de ella era un Bentley Speed Six verde, modelo 1929.

-¿Por qué no entramos a tomarnos un trago? -propuso Hayburn-. No son más que las tres y media.

-Es una buena idea.

-Buen Dios -dijo Hayburn-. ¿De veras? La joven puso los archivos debajo, de su asiento y ayudó a su acompañante a bajarse del auto. Hayburn se sintió afectado por el aire frío. Ansiaba prometerle poder a Emma en la revolución de los Hombres Lobos y ardía en deseos de intimar con ella, pero recordó que debía actuar juiciosamente. Un coronel no canta nunca canciones de la Primera Guerra Mundial.

-¿Qué diablos sucede aquí? -preguntó autoritario cuando pasó tambaleándose por la puerta-. ¿Acaso no saben que son las tres y media?

Había unas veinte o treinta personas en el casino de oficiales; la mitad eran, aparentemente, policías y una de ellas estaba muerta, cubierta con una sábana, en el centro de la pieza.

-¿El coronel Hayburn? -preguntó un inspector-. Temo que haya habido un accidente. Uno de sus hombres ha sido asesinado.

-¿Uno de mis hombres? -masculló-. ¿Qué estaba haciendo en el casino de oficiales?

-En realidad era un capitán llamado Flamborough. ¿Lo conocía?

-Por supuesto que sí. Soy el coronel. Conocía muy bien a Freddie. ¿Qué le sucedió?

-Parece que lo estrangularon.

-Qué absurdo. ¿Cómo es posible estrangular a alguien?... Me imagino que debe de haber perdido alguna pelea o algo así. A menos que estuviera borracho. Quiero un informe completo sobre este hecho.

Emma se alejó furtivamente mientras Hayburn hablaba con el inspector. Había visto al amable sujeto conversando en un rincón con Cynthia y fumando un cigarro. Ella estaba esperando encontrarse con él.

Pero éste alzó la vista cuando la vio acercarse.

-Señora Peel -dijo superfluamente-, se nos necesita.

4
LA JOVEN DE TRAJE ROSADO

Steed alzó la vista de la mesa de comedor y sonrió.

-Mientras ha estado viviendo, yendo a fiestas de disfraces y callejeando con el coronel Haystack, he estado haciendo una pequeña investigación.

Emma asintió con paciencia.

-El apellido es Hayburn. Y todavía no entiendo cómo se hallaba usted anoche en la escena del crimen.

-Me topé con los Hombres Lobos cuando un mensajero militar se mató en la senda. Y mientras más pensaba en ello, más dudoso me parecía -dijo Steed con complacencia-. Por lo que me dediqué a indagar por aquí y por allá. Hablé con su comandante en jefe, que negó saber lo que era un Hombre Lobo, lo que me convenció que sabía bastante. Porque, después de todo, basta preguntarle a la más inocente persona lo que es un Hombre Lobo y empezará a contarle sobre la leyenda caucasiana, la noche de luna llena, Mr. Hyde y todas esas niñerías. En cambio el coronel Hayseed dijo que no sabía nada.

-Hayburn. -Emma se dedicó a comer y dejó que él siguiera con las explicaciones. Eso lo mantenía contento. Se estaba convirtiendo en un hombre de lógica y talento desde que empezó a escribir su historia de la Segunda Guerra Mundial. Mas de pronto la joven lo interrumpió-: Podría titular su libro *La Inteligencia No Basta.*

-Señora Peel, su pichón á *la soleil* se le va a enfriar. -Bebió unos sorbos de vino blanco y desapareció el ceño fruncido, dando lugar a una sonrisa satisfecha-. El lunes hice que me mandaran estas aves desde Cornwall. Ningún pájaro es como éste.

-Delicioso -declaró Emma-. Lo bueno de su hospitalidad es que la comida es siempre excelente. Esta vieja casa está llena de corrientes de aire, imagino que es húmeda y que hay que caminar de rodillas para evitar las vigas. Pero la comida siempre es espléndida.

Steed miró a su alrededor con orgullo herido. -La semana pasada vinieron para acá los de *House & Garden.* Estaban muy impresionados. Les dije que para la próxima Navidad asaría un buey en la chimenea. -Meneó solemnemente la cabeza-. Por supuesto no les mostré el jardín. Algunos aspectos del hombre experto en todo no están en mi naturaleza.

-Debiera contratar a alguien -dijo Emma. -Supongo que sí. Pero considero esas malezas como un reto. "Uno de estos fines de semana -me paso diciendo- me voy a comprar una pala o lo que sea que se necesite y voy a atacar esa indisciplina de la naturaleza y a poner orden." Pagarle a un hombre para que lo haga sería reconocer mi derrota.

Cuando hubo terminado el almuerzo, compuesto de cuatro platos, se retiraron a la sala para el coñac y el café. Steed revisaba los archivos de Jubilee Street y de cuando en cuando reía entre dientes. Mientras esperaba, Emma hojeó los libros y sopló el polvo de las porcelanas. Steed tenía una criada que iba tres veces por semana, pero no era mucho el aseo que efectuaba. Probablemente demoraría dos días lavar los platos y quién sabe cuántos más la ropa, además de hacer una rápida barrida, si es que había tiempo. Emma sonrió ante el abreviado Gibbon sobre el escritorio al lado de *Historia de la Revolución Francesa,* de Carlyle. Steed estaba enterándose de cómo se debía escribir la historia. La frase tonante y el poderoso reproche a estadistas fallecidos.

-"Esa noche hubo algo sensacional -leyó Steed de pronto en alta voz-. Una joven que parecía escapada de un suplemento en colores, con abrigo de pelo de camello de varios tonos y traje color rosa subido, disolvió la reunión. Se rió de los fascistas por ser negativos. Después bebió con el coronel, dejándolo bajo la mesa, partiendo en seguida en un rápido autito. Bien puede ser ella la joven divertida que aparenta o bien agente del gobierno dándose un rato libre del serio asunto del comunismo mundial. Si es así, yo diría que le gusta su trabajo y que puede ser peligrosa."

Steed sonrió de manera exasperante y se abstuvo de hacer un comentario.

-Supongamos -dijo Emma con voz cortante- que soy agente del gobierno. ¿Qué deduce de esos calamitosos Hombres Lobos? -Son unos maniáticos -respondió Steed-. Bien se podría dejar el caso en manos de la policía si no fuera por esas misteriosas referencias a un figurón de inmensa fortuna. Más vale que siga con el trabajo.

Emma dejó con todo cuidado el vaso de coñac sobre la mesa antes de hablar.

-¿Y qué estará haciendo usted?

-Trabajando, señora Peel. Estaré clasificando estos papeles para dejarlos en su verdadera perspectiva. El fascismo, después

Librodot

de todo, no es un fenómeno repentino. Hitler no fue el primero ni el último...

-Maldita sea su historia. ¿No sería mejor descubrir quién es el de la inmensa fortuna? Nos evitaría bastantes incomodidades si los pudiéramos hacer encarcelar como culpables del Gran Robo del Tren o por falsificación.

-Nunca subestime la historia, señora Peel. -Steed, con su modo más irritante, se dirigió solemnemente hacia su escritorio y tomó el precioso manuscrito-. Déjeme leerle una parte. Creo que la hallará esclarecedora.

Emma se bebió el resto del coñac y se sirvió otro. Si Steed estaba medio chiflado a causa de un desacostumbrado examen retrospectivo, ella necesitaría algo que la fortaleciera un poco. Steed sostenía, ella siempre lo había sabido, que ética y autoanálisis quedaban al margen de su esfera normal de intereses.

-"Cuando la nación alemana se rindió con el almirante Von Doenitz -leyó con voz resonante-, eso no significaba que fuera el fin del combate. Martin Bormann pretendía proseguir la lucha desde las laderas montañosas de Baviera, peleando y peleando hasta que el Tercer Reich fuera aniquilado hasta su último hombre. Sólo entonces, creían los alemanes, surgiría la superraza de las cenizas de la civilización. 0 quizás sólo pretendían retirarse a Baviera ,y envejecer decorosamente. Cualquiera que fuese la razón, el Ministro de Economía del Reich había depositado todo lo que le quedaba a Alemania en oro, dinero, piedras preciosas y metales en una bóveda en las riberas del lago Walchensee. Se sabía hacía tiempo que Goering había amasado un botín fabuloso proveniente de los saqueos de París, Praga y Viena. Y este tesoro irreemplazable..." -La miró y luego alzó una ceja-. ¿Qué me dice?

-No me gusta esa frase "las laderas montañosas de Baviera". Son montañas.

-Parece que no comprendió el verdadero sentido. -La frase fue dicha con la pesada dignidad de un Swift acusado de escribir obscenidades en las paredes-. "La cosa es que abandonamos la búsqueda de ese tesoro. Al cabo de dos días fui enviado de vuelta a Berlín porque los norteamericanos se habían hecho cargo del sector. Pero hasta donde yo sepa, el tesoro no ha sido recobrado nunca."

-Sigo pensando que debe arreglar esa frase. Steed lanzó el manuscrito sobre el escritorio.

-Volveré a escribir el capítulo entero, pero primero quiero hacer algunas averiguaciones al respecto. Si me necesita dentro de los próximos tres días, estaré en Baviera.

5
LA SEÑORA PEEL COGE RANUNCULOS

Berniston quedaba a unos tres kilómetros de camino desde el cottage de Steed, y Emma se dirigió a casa de la familia Throgmorton poco después de las ocho de la tarde. El sol se iba poniendo detrás de una colina, y esa calma total en el aire, turbada de cuando en cuando por el zumbido de las moscas de agua alrededor de una haya, le recordó los mitos de la niñez que la memoria viste con trajes ideales. Una mariposa temprana captó su atención, alejándose de una cerca de espinos. Sólo se necesitaba escuchar el golpe distante de un palo de cricket o el suave runrún de un tractor en los campos. Se preguntaba si dentro de cincuenta años subsistiría ese sueño. Quizás, pero evocando caravanas automovilísticas, radios de transistores y rugidos de aviones jet. La fragancia a madreselva sería reemplazada por aire puro y los habitantes en los prados de las aldeas vestirían overoles gris acero.

A medida que se aproximaba a la casa, Emma tuvo la desagradable sensación de estar siendo seguida. Pero cuando miró a su alrededor no divisó a nadie. Dos niños cruzaron el camino, riéndose como ríe la niñez a comienzos del verano, y un peón de granja bajó en bicicleta por la cuesta.

-Buenas tardes, señorita -gruñó el ciclista al pasar, lo que a la joven le pareció bien. Quizás después de todo el mundo era eterno, y cosas como fascismo, comunismo o capitalismo, guerras y gente muriendo, eran ilusiones para mantener la idea del tiempo que avanza.

Emma Peel, como una niña de siete años, cruzó de un salto la zanja seca y le sacó la lengua a una solemne vaca que se hallaba próxima a la puerta del cercado. El animal la quedó mirando, pero estaba acostumbrado a los niños. La joven cogió un ranúnculo y se lo puso bajo su barbilla. ¿Qué era lo que debía indicar? ¿Que no se orinaba en la cama? ¿Que le gustaba la mantequilla? No podía recordar. Atravesó la cerca y tomó el atajo hacia la casa. En aquellos días habría parecido grande la casa comparada con la de su padre en St. John's Wood. Saltó de surco en surco cantando *Paseando río abajo un domingo por la tarde.*

Ahora sí que podía verlo. Se había detenido próximo a la puerta del cercado donde estaban las vacas y luego echó a correr agachado a lo largo del muro de piedra. Emma torció,

apresurando el paso, para tratar de llegar a la esquina del campo antes que su perseguidor. Si venía armado, aquello daría lo mismo porque estaba indefensa en medio de un campo abierto. ¡De golpe volvía a la vida adulta!

La joven se daba cuenta de que tardaría unos diez minutos en obscurecer. Llegó a la esquina y saltó la muralla, pero no había nadie cerca. Debía de haberse escondido entre ese grupo de árboles y estar agazapado, observándola en el crepúsculo.

Emma retrocedió furtivamente hacia la cerca y saltó al lugar donde las piedras tenían una altura aproximada de un metro. Dio otro salto, cayendo al otro lado. Entonces esperó. Quienquiera que la estuviera siguiendo era menos ágil que ella. Tardó casi medio minuto en llegar hasta allí y jadeaba al tratar de trepar sobre la muralla. Estiró la mano, cogió la de él y dio un tirón.

-¡Auxilio! -gritó el hombre. Presa de pánico, se abalanzó sobre ella y girando cayó de costado a los pies de la joven. Por un movimiento reflejo ella lo ayudó a pararse, obligándolo luego a tenderse sobre las piedras, pero justamente cuando alzaba la rodilla para golpearle en la ingle, se detuvo de súbito.

-¡Bertie! ¿Qué está haciendo usted aquí?

-Estaba siguiéndola. -Pese a su estatura, se veía más lánguido y cansado que siniestro. Tal vez los cabellos rubios lo hacían de difícil descripción. Emma lo hizo ponerse de pie y le enderezó la corbata.

-No lo reconocí sin el disfraz de Frankenstein.

-¿Le parece que me veo mejor así?

-No. ¿Por qué me estaba siguiendo?

-Creo que le agrada ser maltratado por una mujer elegante -explicó Emma a Cynthia cuando regresó-. Que yo sepa, no estaba tratando de matarme.

Cynthia no estaba interesada. Seguía absorta en su propia tragedia.

-¿Por qué no mataron a Bertie en vez? -inquirió-. A Bertie capaz que le hubiera gustado.

-Bertie es demasiado poca cosa para que lo asesinen.

-¡También lo era Freddie! No veo la diferencia entre ambos.

--¿Entonces por qué no te dedicas a Bertie y te olvidas del luto? -Emma no estaba acostumbrada al papel de heroína dramática asumido por Cynthia-. Estoy segura de que lo único que precisa Bertie es el amor de una mujer buena. Y eso impediría que se me echara encima cuando menos lo espero.

-¡Emma! ¿Cómo puedes ser tan inhumana? Bertie es totalmente torpe. ¿Dónde crees que podría ir con él? Se supone que el hombre es el símbolo de una posición sólida, como bien sabes.

Emma se encogió de hombros.

-No me pareció que Freddie fuese símbolo alguno, sino más bien un renacuajo sobresaltado.

-¿Y qué hay con eso? Era rico, ¿no es así? -Cynthia caminó petulante hacia la puerta-. ¡Seguiré toda la semana de luto! Y eso que el negro ni siquiera me sienta.

Pero se detuvo antes de abrir la puerta y después suspiró, volviendo hacia el aparador. Luego de un momento cargado de emoción escogió un plátano.

-Creo que tú debieras vestir luto por Freddie en vez de mí. Después de todo, estoy comprometida con Albert. No estaría bien que anduviera de negro, ¿no te parece? -Se comió el plátano en cuatro bocados-. ¿Vas a salir esta noche?

-No estoy segura. -Emma no tenía la menor intención de llevar jóvenes solitarias a conocer a Ludwig Harris-. Tal vez me encuentre con el coronel Hayburn.

-Y me quedaré sola aquí -rezongó Cynthia-. Mi padre se dirigió a Alemania esta mañana y Albert no vendrá para acá antes del fin de semana. ¿Qué voy a hacer?

-Hacer encaje de hilo -sugirió Emma. Este era el tipo de tarde que el Tatler no muestra. Cynthia iba de un lugar a otro, tanto muerta de pena como aburrida; hizo tres llamadas telefónicas a personas sumamente entretenidas, pero estaban demasiado ocupadas para venir en ese momento. Y Emma se vio obligada a permanecer en la pieza con ella porque de lo contrario, cuando Hayburn viniera a buscarla, probablemente se vería forzado a llevar a Cynthia para que el regimiento la distrajera.

-Ahora que pienso -dijo Cynthia de pronto-, no me parece prudente quedarme sola aquí. Puedo ser asesinada.

-¿Por qué diablos iba alguien a asesinarte?

-Alguien asesinó a Freddie.

-Eso era diferente. No era atractivo, vivaz o femenino.

-Ah. ¿Crees que en vez puedan violarme? -Lo dudo.

-¡La verdad, Emma, es que eres aburridora! A ti te toca cuidarme. Porque eres una especie de espía, ¿no es así? Debieras estar registrando toda la región para luego arrestar dramáticamente al asesino. Eso animaría una noche de miércoles en el mes de mayo.

-¿Quieres que veamos lo que dan en televisión.? Quizás haya una obra teatral... -No me gustan las obras de teatro. Y desearía no haberte convidado a pasar el fin de semana acá. Lo hice sólo porque Freddie estaba tan asustado. Me preguntó si conocía a un buen detective privado.

-Gracias.

Librodot

-¡Creo que Freddie no te importaba nada! Emma fue hacia la bandeja de las bebidas y examinó los contenidos.

-Puedes estar aburrida, Cynthia, pero pelear no es la manera más práctica de pasar el tiempo. Siéntate y trata de hablar como persona civilizada. Y al terminar la semana, si te has portado bien, te diré quién estranguló a ese joven insufrible. Pero no hay para qué ponerse histérica. -Eligió un coñac de no muy buena calidad y lo llevó hacia la ventana.

-¿Cómo vas a saberlo al terminar la semana? -Estaba con el ceño fruncido, lo que era indicio de que muy luego pediría disculpas.

-Porque hay dos alternativas. Una, que Freddie no era un caballero y fue asesinado por no pagar sus deudas de juego y por tener una aventura con la novia de otro...

-Freddie nunca le habría debido dinero a ese tipo de gente.

-O, dos, que fue muerto a causa de su asociación con los Hombres Lobos. En el primer caso la policía pronto descubrirá quién fue el hechor, ,y en el segundo caso yo lo descubriré muy luego.

Un auto se aproximaba por la calzada a ciento veinte kilómetros por hora. De seguro sería un soldado audaz el que lo manejaba, con el coronel Hayburn acurrucado atrás y muerto de terror.

-¿Qué quieres decir "con la novia de otro"? ¿Tú crees que Albert asesinaría a alguien por mí? -Consideró la posibilidad y luego rió tontamente-. Sería divertido, ¿no te parece?

-Sorprendente.

Emma se quedó estupefacta al ver al chofer saltar del auto con una corneta y, cuadrándose rígidamente al frente, dejar oír el toque de formación. Parecía que Hayburn había empezado a beber temprano en la tarde. Emma se puso una chaqueta color púrpura sobre el ajustado traje de malla y salió preparada para lo peor.

-Si me violan -dijo Cynthia a su espalda-, tendré que agradecértelo a ti.

El chofer se cuadró mientras le abría la puerta, pero luego Emma tuvo que aferrarse con todas sus fuerzas cuando el auto viró bruscamente y salió rugiendo hacia la carretera. Hayburn estaba acurrucado en las honduras del asiento trasero y su rostro se iluminaba de cuando en cuando con la brasa de un cigarrillo.

-¿Ese que está ahí es Al Capone? -preguntó Emma. No le contestó-. ¿Adónde vamos? -El auto había virado hacia el camino a Swindon-. Creí que íbamos a ver a Ludwig Harris -musitó la joven.

-¿Eh? ¿Qué quiere decir? -Hayburn se inclinó hacia adelante y encendió la luz interior-. ¿Qué sabe usted sobre Hatris?

Esta era la parte difícil. Rió indulgente.

-¿No se acuerda de lo que me dijo anoche? Debe de haber bebido más de lo que pensé. -No se había tranquilizado del todo, por lo que Emma insistió-. Me dijo que Harris era el jefe máximo y me prometió presentármelo. La mirada penetrante la recorrió de pies a cabeza.

-¿Qué más dije?

-Me dijo que el dinero del Reichsbank, o el tesoro de Goering, no estoy segura cuál, estaba a su disposición.

Hayburn meneó la cabeza aprobando.

-Usted sabe una enormidad de cosas.

-Soy miembro, ¿no es así?

-Sí. -Apagó la luz y siguieron adelante en silencio hasta que el coronel volvió a hablar-. Uno de nuestros miembros es un traidor.

El cuartel de Swindon fue edificado en los días en que la disciplina militar había sido famosa en el mundo entero. Pasaron por la sala de guardia y bajaron los escalones hacia un calabozo donde se había cimentado el Imperio Británico. Según Hayburn, nadie había escapado jamás de esa pieza y nadie la había dejado sintiéndose afeminado.

-Hasta que llegué aquí, esta pieza no había sido ocupada desde hacía cincuenta años. Pero soy tradicionalista. La empecé usando para ciertos clientes, especiales. Se necesita más que un sicólogo y un capellán para hacer un soldado.

Emma se dio cuenta de que la pieza era más bien una cámara de tortura, con equipo que había dejado de usarse antes de la guerra. Se sorprendió al ver a los soldados en la sala de guardia cuadrándose alegremente y mirándola bajar las gradas con Hayburn como si no hubiera nada que ocultar. La mentalidad militar siempre la desconcertaba.

-¿Puede fiarse una de estos hombres? -preguntó con incredulidad.

-Por supuesto. Son gente de tropa. Tienen un respeto por la disciplina que les fue inculcado durante sus primeras semanas en el ejército. Consideran este calabozo como una broma enfermiza contra los más débiles.

Había treinta personas esperándolos. El aposento, aunque modernizado, era sólo una antigua sala de torturas. Uno de los miembros sería sometido a proceso cuando se lo descubriera. Emma trató de no mirar hacia el potro de tormentos y el brasero, a los alambres que salían de una base eléctrica hasta unos instrumentos raros, a la diversidad de látigos y tubos de manguera. Había demasiadas personas mirándola y esperando que fuera hallada culpable.

Porque entonces los demás serían inocentes. Emma se sentó tímidamente al borde de una jaula para oprimir y esperó que

Librodot

empezaran los procedimientos. La pesada puerta de fierro había sido cerrada tras ellos; estaban listos para el proceso.

El coronel Hayburn alzó la mano para imponer silencio, pese a que nadie en realidad conversaba.

-Pues bien -dijo con aspereza-, supongo que sabrán de qué se trata. Uno de nuestros hombres ha sido asesinado y estamos aquí para averiguar quién lo hizo. La policía ha andado tras esto el día entero, y nosotros, los Hombres Lobos, somos mejores que la justicia y la policía.

Mientras hablaba caminaba lentamente alrededor de la pieza, haciendo chasquear una paleta de madera por aquí, dando vuelta a la manivela del potro por allá, poniéndolos a todos con los nervios tensos.

-Freddie Flamborough fue muerto por alguien presente en esta pieza, porque somos los únicos en saber que era un Hombre Lobo. Y tenía esto en la cabeza cuando su cuerpo fue encontrado. -Hayburn mostró, alzándola, una máscara de goma con cara de Hombre Lobo, como la que Bertie había usado en la fiesta.

-Cualquiera podía descubrir que era un Hombre Lobo -dijo un hombre al fondo- si estaba interesado. Apostaría que la policía tiene una lista de nosotros...

-La policía no -dijo Hayburn tajante-. El Servicio Secreto anda detrás de nosotros, no la policía. La semana pasada fue a visitarme un hombre que sé pertenece a la Inteligencia Militar y me estuvo preguntando sobre ese necio de Wilkes. Pretendió que vivía por casualidad cerca de la escena del accidente, pero alguien le debe haber dado el dato. Alguien está divulgando nuestros secretos.

El hombre de atrás estaba hablando de nuevo. Se llamaba Peter de' Ath.

-Si se refiere a ese John Steed, vive *en realidad* cerca del sitio del accidente.

-Parece que sabe muchísimo, Peter. Venga para acá.

Peter de'Ath avanzó inseguro hasta quedar frente al tribunal. Era un hombre joven, de calvicie incipiente, con un traje pardo mal hecho.

-No sé nada más de lo que usted sabe. Estaba tratando de usar mi ingenio. Me preguntaba: si las cosas han andado mal la semana pasada, ¿qué conclusiones positivas podemos inferir?

Hayburn sonrió burlonamente.

-¿Y .se contestó a sí mismo?

-Bueno -se meneó un poco y movió los pies-. Pensé, sólo con la cabeza, comprende usted, que desde que Wilkes murió y que ese Steed se inmiscuyó brevemente en el asunto, el único factor nuevo en los Hombres Lobos es la señora Peel. Se metió por fuerza en nuestra organización justo en el momento...

-Estaba conmigo -interrumpió Hayburn cuando Freddie halló la muerte.

-Si es agente del gobierno, no estará trabajando sola.

A Hayburn parecía agradarle la oportunidad de preguntarle a Emma qué tenía que decir a eso.

-Tiene toda la razón -dijo Emma-: soy el miembro más reciente. Pero supe acerca de la organización por uno que es extraño a ella, lo que probablemente echa por tierra toda su teoría. Cynthia Throgmorton me contó sobre los Hombres Lobos mientras nos tomábamos una taza de cocoa.

Hayburn le sonrió ufano.

-¿Tiene alguien más algo que decir? ¿No? Muy bien, entonces voy a decirles dónde estaba yo anoche con la señora Peel y otros tres hombres. Irrumpimos en el cuartel general del Partido Comunista y encontramos allí una lista sobre nuestra organización, lo que prueba que uno de ustedes divulga lo nuestro. En realidad, para ser honrado, fue la señora Peel quien encontró la lista y la vi robársela antes de que partiéramos. Pero cuando llegué a casa estaba demasiado ebrio para leerla. -Se dirigió a Emma con otra de sus peligrosas sonrisas-. ¿Tal vez usted tuvo tiempo hoy para darle una ojeada?

-Sí -dijo Emma-. Daba cuenta de cada reunión que han tenido los Hombres Lobos desde enero. Y describe detalladamente a los miembros...

-Gracias, señora Peel. Creo que eso prueba que hay un comunista entre nosotros. No queda más que decidir si desearía matar a Freddie Flamborough. -El coronel Hayburn rió con moderación y se aproximó a Peter de'Ath-. ¿Si mal no recuerdo, Peter, usted ingresó en enero a esta organización?

-Así es, pero...

-Sáquese las ropas. A menos que quiera echar a perder ese traje. Vamos a sentarlo en un baño con agua y a persuadirlo a que hable mediante unos cuantos golpes eléctricos. En realidad no me importa cómo anda vestido.

Peter de'Ath seguía protestando cuando el cabo Higgs y otros dos hombres lo cogieron de los brazos.

-Pónganlo no más en ese baño -dijo Hayburn-, y dejen que la señora Peel administre la tortura. Ya ha probado ser el mejor miembro en nuestra organización.

Emma los observaba mientras metían al hombre totalmente vestido dentro de un estanque, con sólo la cabeza calva sobresaliendo, como en los baños turcos; una vez que lo llenaron de agua, le mostraron las perillas y conmutadores a un costado.

-En Argelia se halló que esto era muy efectivo -dijo Hayburn-. Creo que con un poco de maña logrará que el hombre concuerde con casi todo. Pero el arte de la tortura es hacer la pregunta

Librodot

apropiada. No quiero que confiese haber asesinado a Abraham Lincoln.

Para el resto de la concurrencia se había roto el hechizo y Emma sentía que poco a poco iban irradiando hostilidad y el deseo de sentirse de nuevo seguros. Cuando apretó el conmutador de corriente y De'Ath gritó por primera vez, oyó a alguien reírse tontamente y al cabo de dos minutos las treinta personas vitoreaban cada vez que el hombre gritaba a voz en cuello.

La cabeza del hombre, blanca y mojada, se balanceaba angustiada, como si buscara a su cuerpo. Los ojos desorbitados tenían una expresión de súplica y terror. Emma deseaba que mirara hacia otro lado. Aquello no era su idea de la justicia. Trató de decirse que el hombre no importaba: era comunista o fascista y, en todo caso, era calvo. Eso era un riesgo que se asumía al meterse en política.

-¿Es usted miembro del Partido Comunista?

-Sí. Sí, ya se lo he dicho.

-¿Mató a Freddie Flamborough?

-No. Lo juro...

Y por supuesto que no lo había hecho. Emma se dio vuelta hacia el coronel Hayburn y le dijo que continuara él.

-Si reconoce cualquier otra cosa, estará mintiendo.

-Emma, es usted una buena chica. En la Edad Media habría llegado a la cumbre. -Hayburn se dirigió a la concurrencia-. Pues bien, ¿qué hacemos con los traidores?

-¡Márquelo con hierro candente! -gritó alguien-. Azótelo hasta matarlo. Estírelo en el potro de tormentos. -Habían perdido todas sus inhibiciones y el aflojamiento de la tensión nerviosa los hacía sentirse estimulados. Emma se acercó a la pesada puerta a prueba de ruidos, porque estaba más alejada del grupo, y se apoyó contra la pared de piedra. Hallaba deprimente la histeria claustrofóbica, pero era parte de ella, se dijo. No debía ser una snob.

Notó de pronto a un viejo parado a su lado. No lo había visto llegar, pero se hallaba allí observando la escena con mirada penetrante, irradiando una energía que hacía imposible no haberse fijado antes en su presencia. De figura frágil, erguida, con el brazo derecho cruzado sobre el cuerpo para contener el temblor de su mano izquierda. Clavó brevemente la vista en Emma y los hipnóticos ojos negros la hicieron vacilar.

-Usted quería conocer a *Herr* Harris -susurró el coronel Hayburn a su lado-. Señor, le presento a la señora Peel.

-Encantado. -Estiró la mano y sonrió apenas.

-¿Qué haremos con De'Ath, señor? Reconoce que es espía...

Librodot

-Haga lo que quiera. No puedo preocuparme de los detalles de su organización, coronel Hayburn. Líbrese de él y asegúrese de que no vuelva a suceder.

Harris avanzó por la pieza y observó fijamente al hombre en el estanque. Emma notó que arrastraba la pierna izquierda al caminar. Luego de una mirada dura, Harris se dio vuelta para retirarse.

-Venga -le dijo ásperamente a Hayburn-. Y traiga consigo a la señora.

Harris vivía en una granja a pocos kilómetros al norte de Swindon, con su mujer y un enorme perro alsaciano llamado "Slondi". La comida fue decepcionante, porque Harris era vegetariano y, asimismo, abstemio. Cuando se sentaron a conversar amistosamente después de la cena, Emma seguía sin poderse acostumbrar a la tensión nerviosa que el viejo causaba en todos. Y se sentía un tanto desconcertada con su oratoria. Harris hablaba varios minutos seguidos a toda velocidad y con marcado acento, alzando la voz en un frenesí, poniéndose rojo de ira y luego sonriendo ante su ingenio satírico. Entonces parecía perder todo interés hasta el próximo estallido.

-Señora Peel -preguntó de repente-. ¿Por qué está usted en este movimiento? Su mirada era tan firme que no podía ganar tiempo ideando la respuesta que él esperaba.

-Entré a ella por casualidad. Me vi envuelta en un incidente en casa de la familia Throgmorton y Cynthia me llevó consigo a la siguiente reunión. Allí conocí al coronel Hayburn.

-Es indudable que ella tiene el temple necesario, Ludwig... -intervino el coronel. -Es usted un necio, Hayburn. Bebe demasiado y goza alentando las bajas pasiones de la turba. Es como Goering. Gordo y bonachón, flojo y corrompido. Esta noche observaba el interrogatorio hecho por la señora Peel y admiré su eficiencia. Fue brutal sin desenfreno. Una combinación poco común.

-Le dije que era despiadada...

-Cállese. Veo que será útil. La cuestión es si comparte hondamente nuestras opiniones. Dentro de algunas semanas nuestro liderazgo se verá sometido a presiones y el menor titubeo puede ser fatal. Necesitaré lealtad absoluta.

Emma se atrevió a contestar.

-Lealtad es algo que existe entre nosotros; no depende de si acaso creo en la política económica de Keynes o en la teoría del hielo eterno. Un proyecto como éste necesita un hombre con visión, no treinta personas con teorías propias.

Harris la quedó mirando durante unos tensos segundos.

-Inteligente -dijo por fin-. Nunca me han parecido útiles en política las mujeres bonitas. Pero Madame Dubarry probablemente fue útil.

Librodot

Bien, he decidido. Señora Peel, usted reemplazará al coronel Hayburn mientras él esté ausente y aprovechará la oportunidad para dar un nuevo impulso en todo sentido a su chusma. Es un ejército y precisa disciplina militar. Necesita desarrollarse y también estar pronto para el ataque. Mañana a mediodía me mostrará su programa.

Parecía haberla despedido con esas palabras.

-Discúlpeme -dijo Emma a pesar de ello-, ¿pero cuanto tiempo estará ausente el coronel Hayburn?

-Siete días.

La joven asintió. Durante los diez minutos siguientes permaneció sentada oyendo las protestas de Hayburn de que los Hombres Lobos eran asunto de él y que no podía dejar su regimiento durante una semana con tan poco aviso.

-Es necesario -gritó Harris-. Tenemos que cuidar nuestros intereses en Baviera antes de que el N.P.D. nos gane, reclamándolos. ¿Se imagina lo que sucedería si los alemanes tuvieran tanta riqueza a su disposición? Serían independientes, supremos. Irá inmediatamente para allá. Siempre seré el dirigente mundial de nuestro movimiento.

-Sí, señor.

-Siempre debo ser el dirigente.

-Sí, señor.

-Hace ya varios meses que Albert Speer salió de prisión y no me fío de él. Una vez trató de matarme y probablemente sabe demasiado. Sí, sí, ya lo sé; es un burócrata, pero también ambicioso. Debemos actuar de inmediato.

El coronel Hayburn estaba enteramente aplastado.

-Sé lo que debo hacer.

Ludwig Harris meneó impaciente la cabeza. Ambos estaban despedidos. Pero cuando Eva, su esposa, los acompañaba a la salida, Harris llamó a Emma de vuelta.

-Estoy preocupado por nuestra seguridad -dijo-. Mañana préstele especial atención.

-Así lo haré.

-Demasiadas cosas han andado mal con la gente de Hayburn. Habrá que esclarecer lo del asesinato de Flamborough, y los espías comunistas tendrán que ser castigados. Pero me preocupa especialmente un hombre llamado Steed; es un agente secreto que pasó varios meses en Berlín al final de la guerra y quiero que usted lo mate.

Librodot

6
LOS ESPIAS VIAJAN SIEMPRE CON POCO PESO

El viaje por ferrocarril desde Partenkirchen a Innsbruck es severo, majestuoso y sobrecogedor. El tren va serpenteando por las montañas en lo alto del valle del Inn. Cual Dios, Steed miró hacia abajo, al río y al diminuto camino. Había gente a pie y autos que subían trabajosamente, empequeñecidos por los Alpes tiroleses del lado opuesto. Entre un paisaje como ése era difícil no despreciar al insignificante tendero sentado en el mismo vagón o a la maciza *fräulein* del rincón que legalmente tenía derecho a llamarse *frau.*

Steed bajó del tren en Mittenwald. El resto del viaje a Einsiedeln tendría que hacerse por la carretera. Se aprontó para lo peor y entró a la firma más próxima que alquilaba automóviles. Sólo pudieron ofrecerle un Volkswagen, y cuando preguntó si no tenían algo más seguro se pusieron intensamente nacionalistas.

-Estimado amigo -dijo Steed-, todo el mundo sabe que el Bentley es el mejor auto en circulación. Hay que ser muy pequeño para meterse dentro de esto.

Pero no sacó nada discutiendo con ellos y media hora después Steed había partido por el camino de Walchensee en un chinche negro motorizado. Pues bien, no podrían echarle la culpa a él si lanzaba esa cosa al río. Malditas cabezotas cuadradas, ni siquiera sabían viajar por el lado correcto del camino.

Halló el aire de la montaña un tanto embriagador y al final del trayecto de noventa minutos se sentía realmente inspirado. ¿(qué de extraño tenía que Hitler se hubiera vuelto loco pasando tanto tiempo en esa parte del país? Sólo existían los espíritus de la montaña con quienes hablar o esos hombres gordos de pantalones cortos con plumas en sus sombreros.

La carretera bajaba repentinamente a Einsiedeln y frente al viajero se extendía el imponente lago, a cerca de trescientos metros sobre el nivel del mar. Steed detuvo el auto y se bajó para admirar el paraje. No cabía duda: cuando construyeron el campo de concentración de Dachau, en Baviera, trataron de proporcionarles todas las ventajas a los prisioneros.

Cuando llegó a la aldea y trató de tomar pieza en el hotel, el sujeto le preguntó a Steed si era norteamericano y luego hubo una discusión acerca de un té apropiado. Maldición, eran las cuatro y media y hacía horas que estaba viajando.

-No es que esté pidiendo té y panecillos con mermelada de frambuesa. Solamente un buen coñac y tostadas con mantequilla.

Como el lugar contaba sólo con una población de quinientas almas, ésta era la única posada, por lo que Steed debió conformarse con un coñac mediocre y hacer él mismo sus tostadas en la cocina.

No tenía planes establecidos hasta el día siguiente y Steed pasó la tarde leyendo sobre la región, indagando quién más se alojaba en el hotel y charlando con los habitantes de la localidad. Había pensado negar todo conocimiento del idioma, lo que era una treta elemental, pero como nadie en la aldea hablaba inglés se vio obligado a abandonar la idea. Estos alemanes eran unos insulares.

-Soy periodista inglés -le dijo a *Herr* Kurtmann-, y estoy escribiendo un libro sobre su país desde la guerra.

Kurtmann hizo un movimiento aprobatorio. -He sido dueño de esta posada desde hace treinta años y todavía no sé nada sobre Alemania. ¿Por qué no va a Bonn?

-Está llena de políticos. En cambio Baviera, según creo, es el alma del pueblo alemán. -No sé nada acerca de eso. Tal vez debiera hablar con *Herr* Goldberg. También se aloja en la posada, en la habitación próxima a la suya. Es un periodista que está escribiendo una serie de artículos sobre este país desde la guerra.

Steed subió a su habitación. Daba al lago y cuando obscureció le hizo recordar aquellos cuentos de hadas de épocas pasadas y los paisajes de los hermanos Grirnm que a los niños se les enseña a apreciar. Las laderas en suave declive de los cerros Mendip parecían muy lejanas. Una buena cosa es un cottage en período de paz, pero en esa posada Steed tenía la certeza casi absoluta de que al bajar las escaleras se encontraría con que la guerra de hacía treinta años estaba en su apogeo.

A las siete y media de la tarde Steed oyó a *Herr* Goldberg salir de su pieza y bajar al otro piso. Observó como salía de la posada y se eclipsaba al final de la calle empedrada. Sonrió. ¡Periodista escribiendo una serie de artículos, cómo no! Era indudable que el sujeto estaba empeñado en algo y en esa parte del país aquello sólo podía significar una cosa. Steed caminó a hurtadillas por el pasadizo hasta la puerta de la pieza de Goldberg. Estaba con llave, pero, como no lo podían ver desde el bar, se tomó su tiempo en abrirla con una ganzúa. Cuando entró, volvió a cerrarla con llave por dentro. La ventana se hallaba abierta, por lo que si venía alguien podría salir rápidamente por ella. Sacó su diminuta linterna y empezó a registrar.

Tal como Steed había supuesto, el sujeto era un impostor. Tenía doce cartuchos de munición del 38 en su maleta. Al fondo del portadocumentos había una botella de whisky escocés legítimo, lo que dadas las circunstancias...

Un pasaporte israelí confirmaba que Goldberg era periodista y daba su nacionalidad como alemana. Tenía 35 años y era soltero.

No tenía señas particulares. Pero Steed aún no estaba convencido. Solamente un espía viaja con tan poco, por lo que no se puede saber nada sobre el hombre juzgando por su equipaje. Dejó un micrófono clavado en la pared detrás de un aviso en que se leía el reglamento del hotel en cuatro idiomas, tomó la botella de whisky y salió por la ventana.

Avanzó paso a paso por el angosto saliente hasta llegar a su pieza y se encaramó dentro sintiéndose satisfecho por el éxito de su misión. Fumó un cigarro y bebió un largo trago de whisky antes de bajar a conocer a los de la localidad.

La conversación se volvió más fácil a medida que avanzó la noche y la cerveza borró el recelo de los lugareños por los extranjeros. Antes de que dieran las nueve tres personas le habían dicho a Steed: "¿Periodista? No va a hallar el tesoro de Hitler en estas montañas". Pero después de las nueve empezaron a jactarse del resurgimiento económico alemán, pese a que poco tenía que ver con Baviera.

Al parecer, no había sido por casualidad qué Hitler logró su primer apoyo en esa parte de Alemania y que fuera allí donde el N.P.D. ganara más terreno. Estos eran los pensadores y filósofos; no les importaba que el valle del Ruhr proporcionara la fuerza económica y Bonn la administración. Aquí había sido donde tres hombres de pantalones cortos tuvieron la visión. Uno de ellos era burgomaestre, y los otros dos, dueños de tiendas. Le dijeron a Steed que ellos hablaban por Alemania.

Al finalizar la velada, Steed se dio cuenta de que la Segunda Guerra Mundial había sido realmente por la unificación de Europa y que eso estaba ahora teniendo lugar mediante el Mercado Común. Desgraciadamente, Alemania era de nuevo una nación dividida, como lo fue después de la Primera Guerra Mundial, y era preciso buscarle solución a ello. El otro asunto que los hacía enfurecerse era que fuera un país ocupado, por los rusos en una mitad y por los norteamericanos en la otra. Golpearon sus picheles vacíos contra la mesa de madera hasta que Steed los volvió a llenar.

La cerveza no era una bebida civilizada, pensaba Steed mientras subía tranquilamente a su pieza. Decidió tomarse un decente trago inglés antes de acostarse. Pero cuando llegó a su habitación vio que la botella de whisky había sido robada. No era posible fiarse de nadie en estos hoteles extranjeros.

A la mañana siguiente descubrió un "chinche" clavado en la parte interior del alféizar de la ventana. Frunció el ceño. Tenía un día muy ocupado por delante y no podía atrasarse en su reunión con Heinrich Toppler, pues de lo contrario le habría dado una lección a *Herr* Goldberg en etiqueta profesional.

Steed recorrió unos doce kilómetros hacia Herzogstandhaus y luego dejó el auto a un costado de la vía. Caminó alrededor de cinco kilómetros por una solitaria región montañosa hasta que llegó a otro

Librodot

lado del imponente lago. Era una ensenada desierta sin ningún vendedor de helados o cabaña de playa a la vista. Steed se sentó en las rocas y esperó. Faltaban siete minutos para las once.

A las once en punto un bote a remos dio vuelta al promontorio. Steed lo observó alarmado. Quien remaba era una joven que contaría unos veinte años y al verlo le hizo señas. Steed tuvo que reconocer que la hallaba bastante atractiva, pero no era Heinrich Toppler.

-Hola, usted debe de ser Steed. -Saltó garbosamente del bote y le estrechó la mano-. Soy Heidi Toppler.

Era rubia y en unos treinta años más podría ponerse cuadrada y fea. Por el momento era bonita, de ojos azules y tipo atlético.

-Estaba esperando a Heinrich Toppler -dijo con cierta reserva.

-El era mi padre, pero no pudo cumplir. -Miró a Steed en los ojos mientras hablaba y decidió que podía confiar en él-. Lo asesinaron hace seis meses cuando el N.P.D. descubrió que fue agente británico durante la guerra.

-Lo siento.

-Gracias. Ya arreglaré cuentas con ellos cuando se presente la oportunidad. -Esta vez sonrió para mostrarle a Steed que podía confiar en ella-. No hallaron la radio de mi padre ni el código de comunicaciones con Londres, por lo que decidí continuar su trabajo. Ahora dígame: ¿seguimos con el mismo arreglo?

-Por supuesto. Estoy encantado de trabajar con usted.

Por fin las cosas tenían un sentido. Steed la siguió por la orilla del lago hablándole cosas corrientes acerca de su hermoso país y de lo correcto que hablaba ella el inglés. Hasta saltó ágilmente al costado de un acantilado y la alzó al cruzar un arroyo montañoso.

-¿Qué va a hacer con el tesoro si lo encuentra? -le preguntó la joven bruscamente. Steed se encogió de hombros.

-Eso no me incumbe. Supongo que el gobierno de Alemania Occidental lo distribuirá como le parezca. Lo único que me preocupa es impedir que unos cuantos importunos en Inglaterra le echen la mano encima.

-Bien -dijo Heidi-. Voy a mostrarle lo que sé.

Bajaron por una abrupta pendiente hasta el borde del agua.

-Tenga cuidado -advirtió ella-: este saliente es peligroso. Apóyese contra las rocas. Steed hizo lo que se le decía y unos diez metros más allá llegaron a una cueva artificial.

-Mi padre decía que esta cueva se formó por casualidad. Estaban tratando de rellenar la caleta y en vez de eso hicieron un hoyo. En esos días la dinamita daba buenos chascos. Era preciso tener experiencia con ella.

La reducida cueva quedaba a unos cuarenta y cinco centímetros sobre el nivel del agua y tenía un metro cincuenta de largo. Contenía ocho esqueletos humanos.

-Dios mío -dijo Steed.

Eran ejemplares masculinos en perfectas condiciones y en la flor de la vida. Evidentemente habían sido fusilados, porque cada uno tenía las costillas fracturadas a la altura del corazón. Las balas se hallaban todavía en el suelo de la cueva.

-Eran soldados -explicó Heidi-. Los botones sueltos y algunos pedazos de metal de sus uniformes indicaban que se trataba de soldados norteamericanos, pero mi padre decía que no era así. Eran hombres de las S.S. y fueron muertos después que trajeron el botín nazi a este lugar.

-Tal como los piratas, que mataban a sus hombres y los enterraban con el tesoro oculto. -Dio una mirada circular a los muros de piedra-. Todo lo que tenemos que hacer es hallar el tesoro.

Heidi se encogió de hombros con indiferencia.

-La huella termina aquí. Puede estar enterrado bajo quinientas toneladas de montaña o puede estar hundido por algún lado en el fondo del lago. No nos habíamos preocupado mucho de eso hasta que recibí su cable.

Steed fue a examinar el deslizamiento de rocas que había formado la muralla del fondo. Hasta donde él se daba cuenta, serían necesarios una cuadrilla de hombres y un equipo completo de cantera para mover aquello. Y se precisarían días enteros para buscar en el lago, suponiendo que los hombres ranas no se murieran de frío en esa agua.

-Nuestras probabilidades de hallarlo son nulas sin un regimiento de hombres debidamente organizado -dijo la joven como si le leyera el pensamiento.

Steed se sentó a pensar.

-¿Fuma usted cigarros? -preguntó cortésmente. Heidi aceptó. En realidad debían haber traído un almuerzo campestre con ellos-. Hay dos alternativas -dijo luego-. O bien interrogamos a toda persona que estuviera a corta distancia de este lugar en junio de 1945, o podemos alertar a los habitantes de la región, de manera que cualquier sujeto que se acerque a este lugar en el futuro se encuentre involucrado en el asunto.

Heidi concordó.

-Pero no se gana nada con interrogar a la gente sobre 1945. Unos cuantos aldeanos saben que el cargamento fue llevado al monte Klausenkopf, pero no saben nada más. Creen que los soldados norteamericanos se lo llevaron y que fue entrado de contrabando a los EE.UU.

-Cuando en cambio fue traído para acá y los hombres que lo portaron fueron muertos. -Steed suspiró-. Me pregunto quién tomó las disposiciones para que fuera traído.

Para eso no hubo respuesta. Años atrás, el padre de Heidi había hecho indagaciones por aquí y por allá sin enterarse de nada más. Lo único era poner en práctica el plan número dos y alertar a toda la aldea de Zwergern.

-Si volvemos a donde está el bote, podremos estar allá en media hora.

Steed pasó una tarde bucólica remando en el lago con Heidi, comiendo platos campesinos en la posada de la aldea y bebiendo vino de la región. En el curso de tres horas intercambiaron comentarios con la policía y taberneros y cualquiera que estuviese cerca. Era una aldea chica y les fue fácil` asegurarse de que cada habitante oyera la noticia a las pocas horas de que partieran.

-*Herr* Steed es un agente secreto británico que anda buscando el botín del Reichsbank -dijo ella a un gerente de banco con el que se cruzaron en la calle.

Steed le estrechó tímidamente la mano. -Cree haberlo hallado en esa cueva que queda a pocos kilómetros a lo largo de la ribera...

Una vez que el gerente de banco se demostró impresionado y prosiguió su camino, Steed trató de reconvenir a Heidi.

-No sé si me entiende, pero me parece algo ingenuo presentarme como agente secreto británico.

-Pero es que *Herr* Schon es secretario del N.P.D. de la localidad. Estaba en las S.S. durante la guerra.

-¿Y qué espera usted que él haga ahora?

-Tal vez trate de matarlo.

-Hum. Y yo que empezaba a enamorarme.

Heidi le cogió la mano con expresión de suma seriedad.

-Estoy segura de que usted es mucho más inteligente que mi padre. Nunca creyó realmente que alguien lo mataría y, cuando una mañana temprano se lo llevaron para fusilarlo, estaba tan preocupado de morir con honor que los dejó que lo llevaran a cabo.

Steed tuvo la sensación de que lo estaban desenmascarando, pero sonrió con blandura y le aseguró a la joven que él creía que había que protestar enérgicamente cuando alguien apuntaba un arma hacia uno.

-Ve usted, si tenemos suerte, lo perseguirán y así vengará la muerte de mi padre. -Veré lo que se puede hacer -dijo rodeándole el hombro con su brazo. Había conocido bastante a Heinrich Toppler, considerándolo tanto un buen hombre como el padre de una joven desatinada y atractiva-. Trataré de descubrir quién lo mató.

Librodot

Heidi le echó los brazos al cuello y lo besó. Steed parpadeó levemente.

-Usted vive del otro lado del lago...

-Me quedaré con usted hasta que todo esto termine. -Desechó sus leves protestas-. Le dije a mi madre que me quedaría con usted hasta que hubiera muerto cada uno de los asesinos.

-Oh, entonces está decidido.

Se veía una joven tan pacífica, criada con toda clase de vitaminas saludables, oliendo levemente a pasto recién cortado con una pizca de miel. Pero mientras la observaba correr gozosa montaña arriba de vuelta al auto, se vio obligado a considerar que más parecía un leopardo. Salvaje bajo la gracia felina y probablemente mortífera.

-Yo creía que ahora en Inglaterra no quedaban muchos de los de ustedes -dijo la joven en un momento dado-. ¿No son todos estrellas pop y actores realistas desde la guerra?

-Nosotros no -respondió Steed-. Tengo un primo y ambos luchamos hombro a hombro. Condujo el Volkswagen a un promedio de ciento quince kilómetros por hora en todo el viaje de vuelta, lo que era bastante temerario en esas regiones alpinas, para demostrar que James Dean no había sido el único en manejar peligrosamente un auto. Pero fue una pérdida de tiempo. Steed iba aterrorizado, pero Heidi permanecía sentada con el brazo fuera de la ventanilla hablando de las leyendas bávaras.

El decía: "¿Realmente?" y "Buen Dios" de cuando en cuando, pero tenía que concentrarse en el camino.

-Sí, en verdad. Hasta existe una leyenda de que Hitler sigue vivo y que volverá para guiar a Alemania a la victoria cuando el pueblo esté pronto a recibirlo.

-Eso me suena a mito conocido. Como Cristo y todo lo demás. Cada religión tiene su equivalente. Pero si Hitler siguiera vivo estaría bastante viejo.

-No, tendría 79 años. A esa edad Adenauer era un hombre joven y Winston Churchill era aún Primer Ministro de Gran Bretaña.

-Caramba, tiene razón -dijo Steed y viró violentamente para evitar a un automovilista loco que se echaba sobre ellos como si aquello fuera una pista de carreras. Estuvo a punto de gritarle al necio que iba por el lado equivocado del camino, pero se contuvo.

-¿Quién es ella? -inquirió *Herr* Kurtmann.

-*Fräulein* Toppler. Me está ayudando a buscar el tesoro escondido cerca del lago. ¿Me hace el favor de instalarla en la pieza frente a la mía?

Steed descubrió que Goldberg había puesto otro micrófono en su habitación, esta vez detrás del marco de un cuadro, cosa que servía perfectamente a los propósitos de Steed. Unas cuantas palabras dichas en ese micrófono quizás valdrían lo

Librodot

mismo que radiodifundirlas a toda la nación alemana. Le hizo señas a Heidi de que viniera a su pieza, con gestos y ademanes de que permaneciera callada.

-¿De qué se trata? -preguntó con viveza-. ¿Va usted a seducirme?

-Por supuesto que no. Nunca seduzco a jovencitas antes de haber cenado. Son sólo las seis de la tarde.

Ella se rió.

-Creo que una estrella pop podría hacerlo sin que cenara todavía. ¿Es usted casado? -No. -Hizo un ademán advirtiéndole del micrófono oculto-. Prefiero la vida al aire libre. Esa hora estimulante que pasamos remando alrededor de la cueva del tesoro nazi... -Que yo pasé remando. Usted permaneció sentado en el bote con la vista fija en mis piernas.

"¡Por favor, *Herr* Goldberg, no interprete mal esta conversación!"

-Pensaba en lo triste que era que tanto dinero fuera a ser entregado al gobierno al terminar la semana.

-¡Creo realmente que usted es tímido!

-¡Chist! -Se inclinó hacia su oído para explicarle, pero ella lo besó. La tonta-. ¿Qué se cree que es? -preguntó con irritación. ¿Una bella espía alemana o algo así? -La cogió del brazo y con firmeza la hizo salir de la habitación-. Bajemos al bar. Necesito un trago.

Sus alegres carcajadas la tuvieron muy cerca de ser echada sobre la rodilla de Steed para recibir unas palmadas como cuando tenía siete años, pero éste se contuvo. Siempre caballero.

-Mi querida Heidi -le explicó cuando estuvieron en el piso bajo-, había un micrófono en esa maldita habitación. ¡Kurtmann! Queremos una botella de ese pésimo coñac alemán. V dos vasos. -Se volvió hacia ella-. Hay ciertas cosas que deseamos difundir y otras que deben ser hechas discretamente.

-Lo siento.

La condujo a un rincón cómodo y propuso un brindis por las mujeres bávaras.

-Realmente no me considero bávara -dijo ella-. Fui educada en París y después pasé dos años en un colegio de Suiza. Mi padre les tenía recelo a los colegios alemanes.

-Yo sabía que había algo falso en su pretendido aspecto de aldeana. Cuando empezaba a creer que por fin comprendía a su país. -Suspiró-. Otra cosmopolita más. Espero que no empiece a preguntarme sobre el Londres alegre.

-Muy bien. Si usted me promete no preguntarme por qué los alemanes son militaristas innatos.

-Trato hecho.

Librodot

Más tarde fueron a dar un paseo a la orilla del lago, que esta vez no se veía severo; las montañas lucían serenas a la luz de la luna. El impresionante silencio hacía que Steed sintiera que quizás el tiempo se había detenido y ellos, a gran altura en una aldea irreal de los Alpes tiroleses, estaban experimentando , algo que la gente allá abajo en Europa no comprendería.

-Debe de ser el coñac -dijo Steed-, o quizás se habrá hecho tarde. Cuando quiere, es usted la joven más atrayente del mundo.

Heidi apoyó la cabeza en el hombro de él y los cabellos sueltos flotaron en la brisa y le hicieron cosquillas en la nariz.

-Quizás sea usted el hombre más atrayente. -De veras, eso debe de ser. -La boca de la joven olía a vino blanco levemente dulce, embriagadora, cálida, única. La atrajo hacia sí, sintiendo como sus caderas calzaban contra los muslos de él. Era un animalito gloriosamente romántico, pensó Steed con incredulidad; tan pronto como regresaran al hotel arrojaría el micrófono por la ventana.

-¿En qué está pensando? -preguntó ella con voz queda.

-Pensaba que habría sido una lástima mandar para acá a mi socia en vez de haber venido yo. Hay ciertas cosas que la señora Peel en realidad no aprecia.

Caminaron tranquilamente de vuelta por las antiguas calles empedradas y Steed le habló acerca de los problemas de ser escritor, sobre la gramática y el destino humano.

-Pero -dijo citando- "¿cómo puedo yo, con esa joven ahí, prestar atención a la política de los romanos, los rusos o españoles?"

No sonaba muy bien, pero se suponía que Yeats era un poeta lírico.

-Háble me de usted -dijo Steed con vivacidad.

-Aquí estoy.

-¿Qué está haciendo aquí?

Se apoyó contra él mientras caminaban y su seno izquierdo descansó en su torso. -Supongo que me metí en todo esto a causa de mi padre. El creía en cosas tales como libertad y creía saber lo que significaba. Era abogado y le ponía reparos al nacionalsocialismo porque trataba la ley como un instrumento. Los nazis hacían lo que querían con la ley. -Sonrió-. Mi padre creía que la ley era una condición ideal a la que el pueblo y el Estado debían aspirar. Era idealista.

-¿Y qué es usted?

-No sé. No creo en la ley, en el nacionalsocialismo ni en ninguna de esas cosas. Si no hubiera simpatizado con usted, no me habría molestado gran cosa en ayudarlo. Creo en mi padre y creo en usted mientras esté aquí conmigo, y creeré en mi marido, cuando me case, y en mis hijos...

Steed decidió renunciar a su trabajo y casarse de inmediato, pero luego resolvió pensarlo otro poco. No se puede sacrificar toda una carrera únicamente porque se está escribiendo un libro al respecto. Miró a la gente parada alrededor de la posada cuando entraron, dirigiéndose después a la escalera. Siempre tendría los instintos de un agente secreto.

-¿Quiénes eran todas esas personas haraganeando afuera? -pregunte Steed.

-¿Qué nos importa?

De veras. Se estaba sintiendo un tanto trágico mientras conducía a Heidi a su habitación. La transitoria naturaleza de lo bello, la breve ojeada que tiene el hombre de un ideal. Y entonces se sube al otro piso, se desarma un micrófono y se le dice a la muchacha que se la arpa.

-La amo -dijo cuando cerraron la puerta. Nadie toma estas palabras muy en serio-. Y si me deshago en lágrimas cuando hayamos hecho el amor, no me haga caso. Será solamente porque envidiaré al joven y rubio campeón de esquí con el que se casará el próximo año.

-O por el coñac -musitó ella.

-Sí.

Parecía saber lo que Steed le quería decir y se apretó contra él para que la tranquilizara. Su pasión surgía en parte porque era humana y Steed hombre, pero deseaba que a él le importara.

-Dígame qué estoy haciendo aquí -cuchicheó Heidi.

Pero él decidió no responder.

-Imagino que siempre deseamos que todo dure para siempre.

Siendo aquello del_ amor una breve ojeada a la eternidad.

-En realidad -dijo ella-, se supone que es la mujer quien rompe a llorar. Por lo tanto, ¿quieres tranquilizarme? Siempre he pensado lo terrible que sería si el hombre que amara me diera la espalda y se pusiera a dormir. ¿Quieres decirme que me amas?

El asintió.

Entonces ella apagó la luz.

-No tengo gran experiencia en este tipo dé cosas.

Steed la estrechó en sus brazos. Le besó los párpados, teniéndola por los hombros, para demostrarle que la estaba cuidando. Los botones de su blusa se abrieron apenas los tocó y la falda abierta cayó al suelo. Se mantenía apegada a él, como si temiera que la mirara. -No temas. Mírame.

Tiritó, pero alzó la vista y sus grandes ojos azules parecían sonreír.

Maliciosa, como si hubiera obtenido un privilegio, le sacó la corbata, desabotonó su camisa y luego se dirigió hacia la cama. La luna iluminaba débilmente a través de la ventana y Steed la observaba con creciente apreciación mientras ella se quitaba los diminutos calzones y lanzaba el sostén sobre la silla.

Librodot

Se detuvo un momento, atraído por la silueta de sus pechos llenos, la concavidad de su vientre, la curva de los muslos, y después, cuando corrió hacia él, la recibió en los brazos. Los diminutos pezones pardos sobresalían ya impacientes.

-Te deseo -susurró él.

Y entonces resonó el disparo, junto con un ruido de vidrios rotos. Heidi gritó. Steed se dejó caer al suelo con la joven bajo él. Pero pronto se dio cuenta por los quejidos en la pieza vecina de que era a Goldberg a quien habían disparado y no a ellos. Se oyó un gorgoteo peculiar que significaba muerte a causa de un pulmón perforado, y Goldberg estaba gorgoteando.

-Maldición -dijo Steed agriamente. -¿Dónde vas?

-Pues, han muerto al sujeto de la pieza contigua. Ya sabes, el deber y todo lo demás. Sería mejor que te dirigieras a toda prisa a tu cuarto.

-¡Te odio!

-Qué tontería.

Pero cuando Steed salía, ella le lanzó uno de sus propios zapatos, por lo que tal vez no mentía. Eso era lo malo con las mujeres en ese juego. Como decía Steed, un espía no debía comprometerse nunca. Después él volvería a pedirle disculpas, pero sabía que ya no sería lo mismo.

7
INTERVIENE EL IRGUN

Goldberg yacía en el suelo cerca de la ven tapa cuando Steed entró. Estaba totalmente vestido y ya muerto.

-Telefonee a la policía -exclamó Steed dirigiéndose al posadero-. *Herr* Goldberg ha sido asesinado.

El posadero venía corriendo frenéticamente escaleras arriba en camisa de dormir y sin disminuir la velocidad se devolvió escaleras abajo.

El tiro había sido disparado desde el otro lado de la calle mientras Goldberg miraba las estrellas. El edificio del frente era una relojería y no se veían luces encendidas. Por supuesto, no había nadie en la calle. El montón de mirones de media hora antes se había dispersado.

Steed se apoderó de la billetera de Goldberg y de su libreta de direcciones. Pensándolo bien, el muerto ya no necesitaría más el whisky, por lo que Steed regresó a su habitación con una pequeña compensación por la muerte intempestiva del hombre.

Por fin llegó la policía y tomó declaraciones a todos los de la posada.

-Estaba acostándome cuando oí el disparo, por lo que me oculté. No vi nada. Kurtmann había estado durmiendo.

-Yo estaba en cama -proclamó Heidi. Partió la policía a archivar otro crimen insoluble. No le habían creído a Steed que se . hallaba escribiendo un libro sobre Alemania, pero al menos no lo habían arrestado. Estaban demasiado preocupados mirando a Heidi.

Steed se retiró de nuevo a descansar, sintiendo que había perdido a un viejo amigo. Casi habían llegado a gustarle el intercambio de micrófonos y la batalla por la botella de whisky. Se sentó en la cama y examinó las pertenencias del pobre individuo.

Había alrededor de doscientos marcos en billetes, un carnet de chofer dado en Tel Aviv, unas cuantas tarjetas de clubes y una cuenta de hotel que demostraba que había permanecido hasta el miércoles anterior por la mañana en el Hotel Victoria de Swindon. Bueno, la gente se hospeda en los hoteles de Swindon todos los días.

La libreta de cuero evidenciaba que Goldberg tenía muchos amigos en todo el mundo. Conocía incluso a David Simmons, de Rose Cottage, Berniston, Wilts. Steed bebió de a poco un vaso de whisky de tamaño grande y se puso a considerar este sorprendente eslabón específico con sus propios asuntos. Sólo había una dirección en Einsiedeln: alguien llamado Fritz Neufeld.

Después del segundo whisky parecía muy poco probable que alguien en esa parte del mundo matara a Goldberg. Si el sujeto hubiera sido nazi, los únicos que lo perseguirían serían Steed y Heidi, que tenían una coartada. Y si hubiera sido antinazi, era más probable que hubiesen asesinado a Steed. La única solución que se le ocurría a Steed era que se trataba de un deliberado complot para impedirle estar esa noche con Heidi. ¡Malditos! Y pensar que ésta podría ser la última noche de Steed sobre la tierra.

¡Por Dios! Steed comprendió de pronto que la bala le había sido destinada a él. Heidi había hablado de él, como todos sabían. Un agente británico solitario alojado en la posa, da. Por lo que había aparecido el pelotón de homicidas dando muerte al agente solitario. Y Steed, en su pieza con Heidi, cual pareja de recién casados, escapó porque...

Caminó presuroso por el pasadizo y golpeó en la puerta de Heidi.

-¿Quién es?

-Soy yo.

-Cáigase muerto.

Steed giró sobre sus talones, le sonrió con fatuidad al policía que hacía guardia fuera de la pieza de Goldberg y regresó a terminar su whisky. La próxima vez que vinieran, él no podría escapar gracias a Heidi.

Después de una noche entera de mal dormir, Steed fue despertado por su amiga demasiado temprano.

-Buenos días, le he traído una taza de café puro -dijo alegremente-. Pensé que podría necesitarlo.

-Gracias. Quisiera que no saltara tanto en la cama.

Ella se echó a reír.

-¿Es el malestar de la borrachera?

-No.

-Qué bueno. Porque tenemos que trabajar. Durante la noche me puse a pensar en la manera de hallar a la gente que mató a Herr Goldberg. -Le sirvió el café-. Comprenderá que, evidentemente, lo querían matar a usted...

Steed se quejó.

-Yo creía que las jóvenes bonitas debían ser tontas.

-Mi hermano menor tiene doce años y pasará el resto de la semana en una excursión de pesca cerca de Zwergern con un amigo. -Le mostró a Steed un medallón que llevaba al cuello, con una radio minúscula en el lugar que debía haber ocupado el retrato-. El nos llamará cuando empiece la función. Eso nos deja libres para averiguar lo que hicieron las personas que estuvieron anoche aquí bebiendo hasta tarde.

-Por lo que, mientras me lavo los dientes, usted podría preguntar...

-Ya lo hice. -Sacó un pedazo de papel de su bolso, que lo tenía colgado al hombro-. *Herr* Kurtmann me encuentra irresistible. Estos son todos los nombres que puede recordar, y los últimos tres estaban hablando de usted.

Steed dio una ojeada a los nombres. Hans Bohme, Friedl Eisenschiemal y Fritz Neufeld.

-¿Conoce a alguna de estas personas? -No. Yo vivo al otro extremo...

-Ya lo he oído. ¿Qué le dijo Kurtmann acerca de Goldberg?

-Nada. Parece que Goldberg no veía a nadie y permanecía solo. Salía todas las mañanas antes de que usted despertara y regresaba al atardecer. Era misterioso.

Steed dejó la taza vacía sobre la mesilla de noche.

-Bien, me empezaré a vestir mientras usted averigua todo lo que pueda sobre Fritz Neufeld.

Neufeld era un médico de la localidad. Vivía en una casa espaciosa a casi un kilómetro de la aldea. Contaba sesenta y tres años y nada se sabía sobre sus tendencias políticas. Pero no era judío; iba a la iglesia católica en el mínimo de días de fiesta que se le pedía a un hombre devoto.

-Bueno -dijo Steed-, quiero que vaya a verlo. Diga que es amiga de Isaac Goldberg, que éste ha muerto y que necesita su ayuda para hallar el tesoro nazi. Ya sabe la manera de proceder. Dé por sentado que él y Goldberg estaban juntos en el asunto. -

Librodot

Steed le dio unos golpecitos en el brazo-. La veré de vuelta a la hora de almorzar.

Cuando la joven hubo partido, Steed pidió una comunicación telefónica con Tel Aviv.

-Un llamado de persona a persona al general Ben Hallé -explicó-; es urgente.

La operadora dijo que le avisaría. Steed encendió un cigarro y esperó. No podía hallar *The Times* en ese lugar dejado de la mano de Dios, por lo que leyó en cambio el *Neue Zeiter Zeitung.* Pero lo malo de las palabras cruzadas extranjeras era que sólo algunos extraños al país podían resolverlas.

-Señor Steed -gritó ansioso Kurtmann-. ¡Tel Aviv ya está listo!

Probablemente la mitad de la aldea estaría pendiente. Se imaginaba la central telefónica atestada de oyentes.

-Hola, Jacob. Habla Steed. John Steed. Sí, estoy muy bien. Pasando en este momento unos días muy agradables en Baviera. Un lugar muy hermoso cercano a Walchensee. Sí, sí, debe de haber leído acerca de aquello. Ja, ja, ja. En realidad, estoy casi seguro de que uno de sus hombres estaba en este mismo hotel. Goldberg. Pero ahora ha muerto...

Esa tarde a las cuatro Steed fue a dar un saludable paseo al monte Klausenkopf. Caminó unos tres kilómetros y cuando se hubo asegurado de que nadie lo seguía, bajó por entre los escasos árboles hasta que llegó cerca de una casa grande. Apoyó cuidadoso su paraguas contra un árbol y atisbó cada ventana con sus gemelos. La casa parecía . vacía, pero no podía ser. Heidi Toppler debía estar adentro en alguna parte.

Steed se culpó a sí mismo. La joven carecía de experiencia. No debía haberla mandado a una diligencia tan peligrosa. Reprimió el mal pensamiento de que un pequeño susto le haría bien. No, no. Había que ser caballero. Se sentó con todo cuidado al lado de un grupo de arbustos a fin de poder ver la casa y el sendero a la aldea, y esperó. Se comió unos sándwiches de salmón y bebió un poco de mareador coñac en el frasco del mango de su paraguas. Hasta hizo otra tentativa con las calamitosas palabras cruzadas.

Se había enterado de muchas cosas al hablar con Jacob Ben Halle. Debía haber adivinado antes que Goldberg trabajaba para el Irgún. Pero en realidad se recuerda su existencia solamente cuando hace algo como secuestrar a Eichmann. Por lo menos en Gran Bretaña. Con todo, era evidente que si alguien estaba interesado en el nuevo fascismo tenía que ser el Irgún. Steed había medido armas con ellos varias veces en 1947, cuando usaban métodos terroristas contra los ingleses en un esfuerzo utópico por crear un Estado judío en Palestina. Y nadie se había sentido más contento que él cuando lo lograron. Enemigos como Jacob Ben Halle era mejor tenerlos muertos o, si no, convertidos en amigos.

Librodot

Por lo tanto, se podía pensar con certeza que Fritz Neufeld era un enemigo. Alguien que el Irgún vigilaba, pese a que Jacob había sido evasivo a ese respecto. "Digamos únicamente que no es amigo mío, *liebchen",* había dicho.

La casa de Neufeld era un chalet lujoso con casi todas las piezas en el piso bajo. Quizás habría dos dormitorios situados en la azotea. Y todo aquello semejaba a esos barómetros con techo de madera en que el hombre sale si hace sol y aparece la mujer para indicar tempestad. Steed esperó hasta que hubo obscurecido y entonces decidió actuar. Era hora de rescatar a la damisela en peligro. Debía atravesar alrededor de noventa metros de terreno abierto, sin dar contra alambres ocultos, trampas para incautos o sin que lo vieran.

Steed recogió su paraguas, se encajó el sombrero hongo y alisó la discreta chaqueta de Sweed de su traje. *"Geschick",* masculló para sí mismo. Demoró menos de diez segundos en cubrir los noventa metros hasta la muralla del costado. Quizás tendría que ver con el aire de la montaña, pero demoró más en cubrir esa distancia que en otras ocasiones.

Sin esperar para cerciorarse si había sido visto, Steed trepó por la cañería de desagüe hasta el tejado. Tanto el canal como el mango del paraguas sostuvieron su peso sin dificultad, pero los planchones de madera crujieron cuando anduvo por ellos. Tuvo que tenderse encima de ocho o nueve planchas y luego rotor su cuerpo para alcanzar la ventana del dormitorio. Miró a través del vidrio. Hasta donde podía ver, estaba vacío.

Uno de los lápices eyectores para todo uso que llevaba en el bolsillo servía para este caso. Hizo un rápido círculo con la cabeza de diamante y en seguida la desatornilló, dejando a la vista un diminuto cojincillo de succión. Steed apretó el cojincillo contra el vidrio y después golpeó levemente alrededor hasta que el vidrio se desprendió en el extremo del lápiz. Metió la mano por la abertura y abrió el pestillo.

Hasta ahora todo iba bien. Cruzó sigiloso por el dormitorio de alguien, se cepilló el traje con el cepillo de ropa que halló sobre la mesa de tocador y luego abrió lentamente la puerta. Daba a un rellano que dominaba el living de abajo, pero tampoco se veía a nadie. También la pieza próxima estaba vacía, por lo que Steed bajó al hall principal. Halló a alguien en la cocina. Un trabajador con aspecto de gorila estaba sentado ante una mesa cepillada comiendo pan negro. Le lanzó la silla a Steed, quebrando tres platos, y en seguida avanzó sobre él blandiendo el cuchillo del pan.

-Oiga -dijo Steed-, ¿cómo sabe si no soy el cura vendiendo indulgencias?

Al gorila no lo impresionaron esas palabras. Lanzó el cuchillo, que quedó vibrando siniestramente en el revestimiento de madera.

Steed hizo molinetes con el paraguas y apretó el botón que lanzaba el cuchillo. El hombre parpadeó incrédulo y se apretó el brazo. Salía sangre del músculo deltoides. Luego gritó de furor, o miedo, porque el brazo le colgaba al costado. Steed cogió el martillo de madera que le servía a la señora Neufeld para golpear la carne y le dio al hombre en la cabeza con él. En seguida continuó registrando la casa.

Halló un sótano debajo de la escalera, y bajo la bodega de carbón, en un pequeño cuarto, estaba encerrada Heidi. Steed tuvo apenas tiempo para agarrar al gorila y arrastrarlo escaleras abajo cuando un auto se detuvo ante la casa. Luego cerró las puertas, golpeó de nuevo al sujeto en la cabeza por si causaba dificultades y se acercó a Heidi.

Estaba atada de manos a dos argollas en la pared. Cuando Steed encendió la luz y se aproximó a soltarla, notó por la expresión de sus ojos que eso era únicamente lo que esperaba. La muchacha no estaba nada impresionada. Pero una vez que él cortó las cuerdas que aprisionaban sus muñecas tuvo la satisfacción de verla caer laciamente en sus brazos.

-¿Está bien? -cuchicheó.

-¿Que si estoy bien? He estado seis horas aquí. Por supuesto que no estoy bien. -Sonrió para atenuar lo duro de su crítica-. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

-Estaba tratando de sacar las palabras cruzadas de un diario alemán. En realidad son increíblemente difíciles.

-Mi padre decía que, mirándolo bien, los ingleses son una nación frívola.

Steed alzó al gorila por el cuello, diciéndole a Heidi que lo ayudara a atarlo a la argolla de la pared.

-Es necesario tener a alguien aquí abajo; de lo contrario notarán que usted se ha escapado.

-Debemos quedarnos -dijo Heidi- hasta que les demos muerte. Estoy segura de que éstos son los hombres que asesinaron a mi padre. -Steed apagó la luz y subió precediéndola-. En todo caso, gracias por salvarme.

-Forma parte de la manera de ser inglesa. Lo besó suavemente mientras se ocultaban en el diminuto vano de la puerta. Steed musitaba que estaba bien, que no pensara más en ello, y se agachó para mirar por el ojo de la cerradura.

-Bueno, yo también te amo. ¡Quédate tranquila! En todo caso, ¿qué es lo que pasó? -preguntó con voz apenas perceptible.

-El doctor Neufeld parece saber quién soy. Me escuchó unos minutos y luego le dijo a ese hombre que casi mataste que me encerrara en el sótano.

Steed sonrió.

-Cuando todo esto haya terminado, tendrás que ir a Londres para un entrenamiento básico. Debiste haberlos puesto fuera de combate a los dos.

-Ya quisiera verte...

-Con un poco de suerte ya lo verás.

A través del ojo de la cerradura lograba ver a un hombre chato y cuadrado de pantalones cortos y pluma en el sombrero que hacía los honores de la casa a otros cuatro hombres. Tres matones insulsos que sólo serían peligrosos en caso de estar ganando. Y el coronel Hayburn.. Parecían discutir el hecho de que Ernst hubiera desaparecido.

-Pero, viejo, en realidad no veo qué importa donde haya ido su criado.

-¿No? Pues voy a decírselo. Hemos tenido espías en esta parte de las montañas. En los últimos seis meses hemos tenido tantos espías que es de creer que se trata de una industria turística. El tal Toppler ya recibió su merecido y entonces apareció el Irgún. Hemos tenido que habérnoslas con seis israelíes desde enero; el último murió anoche y ahora aparece la hija de Toppler. ¿Saben lo que significaría esto si la policía empezara a tomarlo en serio? No me importan las muertes de cuando en cuando, pero no soy miembro de una sociedad de homicidios. Quiero que saquen el tesoro tan pronto como sea posible y en seguida que divulguen que ya no está; entonces todos podremos instalarnos en Baviera y llevar una vida normal.

El coronel Hayburn se echó a reír.

-Diría que es usted un hombre asustado, Fritz. ¿Qué llama una vida normal? ¿El N.P.D. es acaso una manera normal de vivir? Va a haber lucha, viejo, y si no le gusta, más vale que se retire.

Steed vio que el doctor Neufeld se ponía rojo.

-No obstante, si no le importa, daré una ojeada a mi prisionera para asegurarme de que todo anda bien.

Hayburn se sobó las manos y dijo que a él también le gustaría echar una mirada.

-No hay nada como una bella prisionera. Los otros tres sujetos entraron a la cocina en busca de algo que comer mientras Neufeld precedía a Hayburn a la puerta del sótano. Steed le sonrió a Heidi para tranquilizarla y en seguida se encuclilló. Le hizo una seña para que se apartara de la escalera. Al abrirse la puerta, Steed dio un salto, desequilibrando a Neufeld y lanzándolo lo hizo rodar por los veintitrés escalones de cabeza a unos cincuenta kilos de carbón. Luego avanzó rápidamente para enfrentarse con Hayburn. Todo aquello fue hecho en menos de dos segundos. Hayburn buscaba aún su arma cuando Steed le puso el cuchillo del paraguas en la garganta.

-Un solo movimiento y le corto el pescuezo.

Librodot

Hayburn no hizo el menor intento. -Heidi, quítale el arma.

La joven así lo hizo, y los otros tres hombres vinieron corriendo desde la cocina justo para poner sus brazos en alto.

-Bien -dijo Steed-, apúntales mientras yo busco a Neufeld.

Halló al doctor todavía tendido sobre el carbón. Steed lo arrastró quejándose hacia el otro piso. Luego los cinco hombres se sentaron en círculo en el elegante sofá suizo. Protestaban a medias, pero hasta Hayburn tuvo que reconocerse derrotado. Había ensayado el método de la amistad y ahora negaba haber estado enterado de la encarcelación de Heidi.

-Sólo llegué a Alemania a la hora de almuerzo -explicó.

-¿Dónde se encontraba el 23 de noviembre del año pasado? -inquirió Heidi.

-Dios mío, cómo voy a acordarme.

Heidi sostenía la pistola en una forma totalmente profesional.

-Muéstreme su pasaporte.

Este demostraba que Hayburn no había estado en Alemania desde 1961, por lo que Heidi pareció perder todo interés en él.

-Adivine cómo se llaman estos macacos -le dijo a Steed.

-Bohme, Eisenschiemal y A. N. Other.

-Sí. ¡Son todos asesinos!

Steed se dio cuenta de que Heidi se hallaba en una peligrosa disposición de ánimo. Dijo para tranquilizarla que se alegraba de haberlos hallado.

-Pero primero hay ciertas cosas que deseo saber. -Neufeld seguía aplastado al final de la hilera, preocupado por una clavícula que decía estaba quebrada. Steed hizo levantar la cara al hombre.

-¿Dónde está enterrado el botín nazi, doctor Neufeld?

-No puedo decírselo.

Steed se encogió de hombros.

-Creo que debiera revelármelo. De lo contrario *Fräulein* Toppler va a matarlo.

-No sé de qué está usted hablando.

-Tal vez podamos recordárselo. En noviembre pasado asesinó al padre de esta señorita y ella ha venido para acá con la expresa intención de vengarlo. -Se sentó lánguidamente en un cómodo sillón-. El coronel Hayburn ha venido acá con expresa intención de llevarse su tesoro. ¿Se acuerda? Pues bien: quiero que me diga dónde está o Heidi va a matarlo.

-No me encuentro autorizado para...

Un balazo ensordecedor cortó sus palabras *y Herr* Bohme cayó desplomado al suelo. Fue un tiro certero y el hombre murió a los pocos segundos.

Steed alzó una ceja sorprendido.

-Creo que sería mejor si me dijera.

-Escuche, mi viejo -interrumpió Hayburn-, ¿acaso hay necesidad de matarnos a todos? Neufeld es el único hombre en el mundo que sabe dónde está escondido el botín.

-Es a Neufeld a quien tratamos de persuadir. Lo que se conoce como persuasión *moral.* Hubo una pausa y luego Heidi le disparó a A. N. Other. Gritó y murió con la sangre saliéndole a chorros por un agujero en el cuello. Esa escena horripilante acobardó a *Herr* Eisenschiemal. Se arrodilló y empezó a suplicar cuando sonó el tercer disparo.

-Si Neufeld es el único hombre en el mundo que sabe -propuso Heidi-, resolveríamos el problema si lo matáramos.

-Es cierto -dijo Steed-, pero...

No pudo terminar la frase. La cuarta bala se había alojado en el cráneo de Neufeld antes de que hubiera podido impedirle a Heidi que lo ejecutara. Steed le quitó el arma de la mano.

-Misión cumplida -dijo él con voz queda. Hayburn estaba sentado; solo en el sofá con la transpiración corriéndole por la cara como si fuera agua. Temblaba, demasiado aterrado incluso como para hablar.

-Creo que ahora voy a renunciar a su servicio secreto -dijo Heidi jubilosa-. Puedo casarme con un campeón de esquí rubio y tener seis niños. ¿Quiere asistir a mi matrimonio? Me gustaría que me sirviera de padrino.

Steed sonrió con tristeza. Eso era lo malo de tener mujeres competentes en un trabajo importante: siempre dejan el puesto para casarse.

-Será un gran honor. ¿Conoce ya a algunos campeones de esquí?

-En realidad, no. Tendrá que cuidarme un par de días más.

Steed le rodeó la cintura con un brazo.

-Vámonos.

-¿Y qué hay de su coronel inglés?

-Déjelo donde está. Cuando recobre el valor regresará a Inglaterra. Entonces me ocuparé de él. -Miró al cobarde y derrotado Hayburn-. ¿Y qué hay de sus bríos, coronel? ¿Sigue tratando de recuperarlos?

Steed y Heidi se rieron. Lo dejaron con la vista clavada en sus rodillas y bajaron el cerro. La obscura senda de la montaña se veía nuevamente hermosa y abajo la aldea parecía de juguete con sus luces parpadeantes reflejándose en el lago. Steed se sentía a punto de cantar a la manera de los tiroleses.

Ahora Heidi se había puesto a temblar levemente. Empezaba a apoderarse de ella la reacción de los hechos y tuvo que apoyarse en los recios hombros de Steed. El le susurró palabras consoladoras acerca de la terrible tarea en que estaban metidos y le dijo que su padre se sentiría orgulloso de ella. Sus cabellos ondeaban y le hacían cosquillas en, la nariz. Cuando llegaron a la

Librodot

vera de la aldea, Steed se preguntó cuándo debería regresar a Inglaterra.

Tuvieron que saltar a un costado cuando un Mercedes bajó zumbando del cerro a espaldas de ellos. Los faros delanteros arrojaban haces de luz y el auto iba demasiado rápido. Cuando Steed agitó el brazo y protestó por lo locos que eran los conductores extranjeros, se oyó un disparo. Vio el pálido rostro de Hayburn en el auto mientras éste se desviaba violentamente y luego aceleraba hacia Mittenwald. Detrás de él Heidi gemía. Estaba encogida en el suelo, quejándose, cuando Steed se dio cuenta de que le habían disparado.

La bala había entrado encima del seno derecho. La joven murió casi instantáneamente en brazos de Steed. Permaneció arrodillado en el suelo, meciéndola con suavidad y diciéndole en voz baja que mejoraría. Pero estaba muerta. Después de todo, nunca tendría hijos.

8
"¡DEBEMOS TENER VOLUNTAD DE HIERRO!"

Emma fue a ver de nuevo a Harris el viernes, llevando en su cartapacio los planes para encauzar la acción de los Hombre.; Lobos. Trabajaba suponiendo que lo más importante era la eficiencia para hacerse acreedora a la confianza de Harris. Después pensaría en la manera de sabotear la organización.

Herr Harris estaba arriba, en su escritorio. Emma siguió a Eva, su mujer, hasta la puerta y en seguida entró sola.

-Mi esposa -dijo Harris- es una mujer sencilla. No entiende de política. -Estaba de pie ante una mesa en un rincón, como si hiciera horas que se hallaba allí-. ¿Ve lo que es esto? -preguntó.

Parecía un mapa. La mesa tenía protuberancias, ranuras y áreas coloreadas. De pronto se dio cuenta de que era un modelo a escala de Rusia. Y los soldados de plomo representaban ejércitos en nueva reconstitución de antiguas batallas.

-Yo podría haber conquistado Rusia -dijo *Herr* Harris con voz sombría-. ¿Ve usted?, esto es Stalingrado. Estas son las tropas alemanas en las afueras de la ciudad. Venga para acá, querida. ¿Sabe por qué la invasión se detuvo en Stalingrado?

Emma dijo que no, pero que suponía que por causa de indecisión de parte de Hitler. Distrajo demasiados soldados hacia el sur para conquistar el petróleo y la industria pesada, y distrajo otro tercio del ataque hacia el norte. Por esa razón la fuerza invasora había esperado fuera de la ciudad durante todo el invierno.

-Debería haber embestido -dijo Harris.

-Por supuesto.

-Los rusos tuvieron varias semanas ese invierno para entrenar un ejército y para montar su industria de material de guerra. -Apuntó con el dedo hacia Stalingrado-. Allí fue donde se perdió la Segunda Guerra Mundial.

Harris siguió mirando fijamente el mapa cerca de cinco minutos. Luego sonrió y tomó a Emma del brazo.

-Debemos ser terminantes -dijo-. ¡Terminantes y con voluntad de hierro! -La condujo al sofá y se sentaron-. Ahora muéstreme sus planes para convertir a los Hombres Lobos en una fuerza de combate.

Los Hombres Lobos estaban destinados a ser un ejército privado para ser utilizado en el mantenimiento del orden interno, para terrorismo y como un órgano que absorbiera a la juventud de Gran Bretaña. Tal como fueron los Camisas Pardas, las S.S. o los Guardias Rojos. Emma se preguntaba si las cosas que sucedieron en la Alemania nazi habrían ocurrido alguna vez si Himmler hubiera sido mujer. Los miembros ascendían sólo a doscientos y ella dudaba si aquellos doscientos estarían preparados para infringir la ley de una manera tan seria como en una franca revolución.

Pero la intención era provocar justamente una franca revolución. La mitad de los Hombres Lobos estaban en el regimiento de Hayburn, por lo que eran soldados totalmente entrenados, teniendo acceso a las armas de fuego y a todo el equipo militar. Cuando el S de julio tuviera lugar la revolución, se produciría un serio cataclismo. Más serio, pensó Emma haciendo una mueca, que la huelga general de 1926. Quizás el último hombre de Inglaterra en pensar de ese modo había sido Oliver Cromwell.

-Tal como lo veo -dijo Emma-, tiene usted dos instrumentos de combate: los Hombres Lobos y el regimiento del coronel Hayburn. No comprendo por qué no los ha separado. Ahora, mi idea es...

-No hay tiempo para separarlos. Los Hombres Lobos, tal como existen, tendrán que empezar la rebelión el sábado por la mañana.

-No lo creo.

Harris asintió con aspecto sombrío.

-El coronel Hayburn ha echado a perder su misión en Alemania. No trajo de vuelta los siete millones de libras que necesitábamos y no logró hacer un pacto de alianza con el N.P.D.

-Qué lástima -dijo Emma.

-¡El necio! Pagará por esto cuando la lucha haya terminado. Destruyó meses de cuidadosa preparación. Ahora tendremos que

actuar de inmediato o de lo contrario deberemos abandonarlo todo.

Emma demostró sorpresa.

-¿Cómo pudo suceder esto?

-Dejó que el Servicio Secreto británico descubriera exactamente qué estábamos haciendo. Cuando Hayburn llegó, ese Steed ya se encontraba en Walchensee. -Harris caminó de allá para acá con creciente furia-. El contacto más importante que teníamos en Alemania ha muerto, el dinero ha desaparecido y Hayburn ha llegado acá con los de la Inteligencia británica persiguiéndolo. Nuestra única probabilidad es presentar combate.

-Perderemos.

-Perderemos si esperamos. -Entonces así son las cosas.

Harris le dirigió una mirada feroz y Emma tuvo que apartar la vista.

-Usted no entiende la teoría de los hielos eternos. El principio en que está basada nuestra civilización es que cada paso adelante surge de la destrucción. La civilización, tal como la conocemos, puede ser destruida y la raza humana aniquilada, pero entonces surgirá el superhombre. No habrá rendición ni tampoco clemencia. O bien venceremos o si no precipitaremos tal destrucción que después nada volverá a ser lo mismo. Así se hace el progreso. Mire a Grecia, Roma, todas las antiguas civilizaciones. Avanzaron hasta que fueron destruidas y de sus ruinas surgió la siguiente civilización. Estoy perfectamente dispuesto a destruir este mundo. Será en aras de la historia.

Emma trató de hacer entrar en razón al hombre.

-Sin duda no tenemos el poder para destruir...

-¡El poder es una ilusión! -gritó-. En 1939 Alemania no tenía suficiente poder para luchar contra Francia, pero felizmente Francia se rindió. En 1938 no habríamos podido vencer a Checoslovaquia, pero los ingleses no permitieron que Checoslovaquia luchara. Lo más importante es sorprender a nuestros enemigos y atacar con suprema confianza. De esa manera somos invencibles. Atacaremos el sábado a las nueve horas.

-¿El coronel Hayburn está de acuerdo con esto?

Harris se echó a reír. Después de todo tenía sentido del humor.

-El cree que es idea suya. Ese Steed posee suficiente evidencia contra Hayburn como para hacerlo condenar a cadena perpetua. -Se le ocurrió otra broma mejor-. Y entiendo que hay un motivo personal de por medio. Hayburn mató a la amiga de ese hombre, por lo que ahora está aterrorizado de que pueda ser muerto por venganza. Ja, ja, ja. ¿Ve lo que el coronel Hayburn puede perder? Está acabado. Pero si triunfa nuestra revolución, puede llegar a ser tan poderoso como lo fue Goering. Casi tan poderoso. No se comete dos veces la misma equivocación.

Emma regresó a casa de la familia Throgmorton sintiéndose levemente confundida. Ese tipo de cosas no acontece en Inglaterra. Sucede casi todos los meses en lugares como Indonesia y China, Egipto o Jordania. Inclusive en Rhodesia. Pero en Inglaterra no, le era imposible imaginárselo. Tan poca gente en Inglaterra era capaz de imaginar una revolución cruenta, que semejante cosa era inconcebible.

Su auto avanzaba por los angostos caminos del campo y pasó a un piño de vacas camino a la lechería. Se respiraba un ambiente de paz. En medio de tanto orden le era tan imposible concebir un cambio así como imaginar que estuviera muriéndose. Pero la gente muere todos los días. Nada dura para siempre, excepto el deseo de pensar que la vida es eterna. No, aquello debía ser una pesadilla.

Cuando llegó a Throgmorton halló a tres soldados apostados en el jardín. Se llevaron la mano a la gorra cuando pasó, lo que era desconcertante. Había otro sentado en el vestíbulo y cuando Emma entró se cuadró de inmediato.

-¿Qué demonios está haciendo aquí?

-Soy su guardaespaldas personal, señora Peel.

Cynthia estaba encantada a más no poder porque su padre también tenía un guardaespaldas.

-La casa llega a vibrar con estos viriles

soldados -explicó gozosa-. Al parecer va a haber una especie de guerra civil. ¿No lo encuentras estimulante?

-Brutalmente -dijo Emma.

9
"OLVIDELO"

Steed se detuvo a pasar la tarde en Londres en su viaje de vuelta a Wiltshire. Se sentía inútil y deprimido y sólo había un remedio para un estado así. Fue a ver a su amigo Archie Newman. Soltero hasta el día en que muera y hombre que bebía con moderación, se sometía a tratamiento cada vez que andaba escaso de dinero. Archie Newman había sido muy amigo de Steed desde que ambos fueron condenados a muerte en Jerusalén.

-Lo que quiero decir es que no me siento personalmente afectado por su muerte.

-Por supuesto que no.

-Pero, ¿sabes?, me sentía entristecido. Toda esa belleza desaparecida. ¿Entiendes lo que quiero decir?

-Por supuesto -Le hizo señas al criado y pidió otra botella de coñac-. Siento exacta mente lo mismo cuando camino por King's Road. Todas esas maravillosas muchachitas desperdiciándose, y sus palpitantes corazoncitos no sabrán nunca que era a mí a quien buscaban. Sabes, Steed, hay millares de mujeres buscando amor y miles más en empleos que detestan. Andan de un lado a otro diciendo que buscan algo en la vida. Y es a mí. Aquí estoy todo el tiempo esperando darles un significado a sus vidas. Pero no quieren saber de nada. Qué curiosas son las mujeres.

Steed bebió su séptimo coñac.

-res un sujeto obtuso y poco sensible.

-Mi viejo, ¿no estarás enamorado? -replicó Newman.

-No.

-¿Cansado de la vida? ¿Sabías que Buffy St. Claire metió la cabeza dentro del horno el viernes pasado? Debe de haber sido un horno a gas bastante grande. -Sirvió el licor con una expresión que le hizo recordar a Steed a un perro de San Bernardo-. Imagínate, meter la cabeza en el horno. Menuda sorpresa se llevaría su mujer cuando fue a sacar el asado.

Cada vez que Steed veía a Archie Newman lo odiaba más que la vez anterior. Ver a Archie era como ir al dentista: dolía, hacía tambalear la fe en la bondad humana, aflorando lo que en Archie había de sádico.

-No tuve la intención de mencionar a Heidi -dijo débilmente.

-No, no, viejo, me alegra que lo hicieras. Olvídalo -acotó Newman-. ¿Te conté alguna vez sobre esa f*räulein* a quien le busqué conversación en Hamburgo?

Steed lo miró con ira.

-¡Para cuando hayamos vaciado esta botella te estaré pidiendo que salgamos a pelear afuera!

-Mejor que no, mi viejo. La última vez que me pediste que saliéramos, recibiste unos buenos golpes.

-Dados por la policía, protegiendo tu cara de perro.

Archie estaba ofendido.

-Habrás de saber que estuve a punto de casarme con ella. Tenía largos cabellos castaños, como Brigitte Bardot. Pero cuando terminó la guerra le afeitaron la cabeza porque se había acostado conmigo. Estuve muy triste a causa de eso. Hice el voto durante una semana.

Steed lo miró con afecto.

-A veces es duro, ¿verdad?

-Dios mío, sí. El octavo día salí y me emborraché. Este es tu...

Steed se quedó pensando.

-Segundo día.

-Buena cosa.

Librodot

-Todos andamos como locos protegiendo gente y acaban matándola. Protegemos países y tienen guerras que, por lo demás, eran deseadas por los políticos. Esto hace que uno vacile. Existe el ejército para velar por nuestra seguridad y, en realidad, él aumenta el peligro de un ataque. Se supone que estoy protegiendo a Alemania, a Swindon o a cualquier parte de la amenaza del fascismo. Pero dudo de que a mucha gente le importaría si el N.P.D. llegara al poder.

-¿Swindon? ¿Tienen derecho a voto...? -Es un lugarejo cerca de Birmingham. -Lo oí nombrar esta noche en las noticias de la radio. Unos cuantos sujetos del regimiento del condado de Wiltshire se han atrincherado en sus cuarteles o algo por el estilo. No pude dejar de reírme. Quiero decir, si se va a iniciar una rebelión, por lo menos debiera hacerse en Londres. ¿Qué es lo que pretenden? ¿Independencia para el suroeste? -Rió a más no poder-. ¡Independencia para Wessex! Ja, ja, ja.

Steed se puso de pie tambaleándose.

-¿Qué dijiste?

Wessex. Era uno de esos reinos como Mercia...

Sintió náuseas, por lo que volvió a sentarse.

-Qué imbéciles. ¿Qué creen lograr? Hubo una revuelta similar hace unos años en Aldershot, ¿y qué sucedió?

-Nada -dijo Archie Newman-. Pero ésta es más divertida. Hay una mujer encabezando la rebelión. Y dicen que Lord Throgmorton está detrás de esto. Ya sabes, la rebelión de las clases altas y ese lord tratando de arrebatar el gobierno de manos del alcalde de Swindon.

Steed se encogió de hombros.

-No vale la pena ni hablar del asunto. Es decir, fíjate bien, Archie. ¿Qué dirías si te sugiriera que toda esta especie de fascismo actual fue organizado en Europa entera por un solo hombre? No, no. Escucha. Suponiendo que Adolf Hitler no hubiera muerto en 1945 en esa fortaleza subterránea. Suponiendo que siguiera vivo...

-Puras tonterías, mi viejo.

-Sí. -Steed pensó un momento-. Sí, yo diría lo mismo. -Sirvió otras dos copas-. Dicho sea de paso, ¿quién es la mujer que encabeza la rebelión?

Archie Newman rió gozoso.

-Una mujer bastante atractiva, según las noticias. Una pelirroja con montones de dinero llamada Orange Peel[2] o algo por el estilo.

Steed se echó a reír.

-¿Emma Peel?

-Sí. Probablemente.

[2] Literalmente: Cáscara de Naranja. (N. del T.)

Librodot

-Ah, entonces no hay para qué preocuparse. Terminemos esta botella y vayámonos en seguida a tomarnos la última copa a mi casa.

Dos horas después Steed y Archie salieron a tropezones del Jack of Hearts y cayeron dentro de un taxi que esperaba. Se hallaban en mitad de una discusión acerca del amor y si acaso era preciso tener diecisiete años para apreciarlo. Steed se vio obligado a reconocer que estaba bajo la influencia del coñac, porque, en todo caso, cuando se está enamorado se siente uno de diecisiete años.

El conductor del taxi dijo:

-Oiga, oiga, ¿qué es todo este libertinaje? -y sacó a Archie del auto.

-Excúseme, buen hombre -observó Steed con dificultad-, pero andamos juntos.

-Lo siento, mi amigo -dijo el chofer de taxi-, pero el Jefe sólo me dio su nombre. Dios mío, pero si era Benson apareciendo en el peor momento posible y llevándose a Steed a una cita secreta con su jefe.

-Mi querido Benson -expresó Steed apenado-, estoy cansado, deprimido y sin ánimo de encontrarme con el general Lawrence. ¿No podría esperarse hasta mañana?

-Lo siento, señor Steed, pero el Jefe fue muy preciso. "Tráigame a ese juerguista de Steed -me dijo-, y vea que no esté lloroso o cantando canciones de Dublín cuando llegue acá." -Benson rió malicioso.

-Presento mi renuncia -dijo Steed. -Tonterías, señor Steed. Mañana se sentirá diferente.

-De acuerdo, pero esta noche renuncio. Benson se detuvo ante los Baños Sauna y Centro de Salud, en Swiss Cottage. "Abierto las veinticuatro horas del día", rezaba el anuncio.

-Ya se lo he dicho -reiteró Steed-. Estoy harto.

Después de la ducha caliente debió soportar furioso la fría y pasó en seguida por un sistema de baños que se iban haciendo cada vez más calientes, hasta que sintió que o se desmayaba o salía volando. Luego fue empujado protestando a otra ducha fría por tres musculosos ayudantes.

-Presento mi renuncia -gritaba débilmente.

Pero nadie le prestó la menor atención. En el cuarto contiguo, el Jefe esperaba pacientemente. Aguardó hasta que Steed estuvo acostado en el diván y luego le preguntó cómo se sentía.

-Muy bien -contestó Steed-. ¡Ay! -Legítimas varas de abedul sueco -dijo el Jefe-. Estos baños sauna son indispensables para cualquiera que esté sudando las consecuencias del abuso de los placeres. Dentro de unas horas se sentirá maravillosamente. -Hablando del abuso de los placeres -dijo Steed-, ¿no querría más

Librodot

bien discutir, lo que tenga que discutir, en la mañana? Es la una de la madrugada...

-No, no -respondió el general Lawrence. El corpulento ayudante siguió dándole con las varas de abedul hasta que Steed estuvo rojo y con todo el cuerpo hormigueándole. Steed se mordió los labios y esperó hasta que alguien hablara.

-Deduzco que se halla usted involucrado en esa rebelión fascista que está teniendo lugar en Swindon -acotó el general Lawrence. Steed se encogió de dolor.

-Digamos, ¡ay!, que un poco. ¡Por Dios! Supongo que sí. Mire, descanse un rato, ¿quiere? Sí, anduve metiendo la nariz por ahí. ¡Jesús!

-Yo no me molestaría -dijo el general-. Todo aquello es bastante insignificante y no quiero que nuestra gente se inmiscuya en ese asunto. Deje que la policía se haga cargo. De lo contrario pareceremos un tanto necios.

-Sonrió altanero y le hizo una seña al corpulento ayudante-. Siga dándole, Macduff -insistió-. No deseo que esto parezca como si hubiera que desplegar todos los efectivos del contraespionaje británico cada vez que un coronel se sale de sus casillas.

-No, señor, pero...

-Ya lo sé. -Le hizo señas al ayudante para que pusiera manos a la obra-. Tiene usted un interés particular en mostrarle al coronel Hayburn cuántos pares son tres moscas. Pero no pierda el control. Estas últimas semanas ha estado usted sujeto a una tensión nerviosa. Necesita cuidarse. Por lo que he contratado acá una serie de tratamientos para los quince días venideros.

-Ay. Pero la señora Peel...

-No se preocupe, Steed. No llegará a ser dictador de Gran Bretaña.

-Ya lo sé. -Steed se incorporó dándole una feroz mirada al hombre con las varas de abedul-. Si vuelve a hacerlo le daré un puñetazo en la nariz. -Se dirigió al general Lawrence-. La señora Peel está de nuestra parte, señor. Creo que debiéramos cuidarla. Esa gente ya ha muerto a una de nuestras mejores mujeres...

-Tonterías. Se está poniendo débil de carácter, Steed. Las mujeres pueden cuidar de sí mismas. No necesitan que uno las proteja de nada. Sufre usted de un instinto paternal frustrado. -Se puso de pie preparándose a partir-. Recuérdelo, Steed: esto no es de nuestra incumbencia.

-Hay cosas curiosas que hacen recordar 1945. Ese tal Harris...

-Ahora que me acuerdo, Steed, ¿cómo van esas memorias?

-He desistido de continuarlas.

Librodot

El general Lawrence meneó pensativo la cabeza, hizo un ademán dirigido al que tenía las varas de abedul para que siguiera adelante con el castigo, y se fue.

Apenas hubo partido, Steed amenazó al sujeto con matarlo.

10
"AL CALABOZO CON EL"

Cuando Steed llegó a Beriston se encontró con un puesto militar de revisión en el camino, por lo que se vio obligado a detenerse.. El cabo que le pidió los documentos era un joven amable que cumplía las órdenes. No sabía realmente qué papeles necesitaba.

-¿Y su permiso para conducir automóviles? -preguntó.

Steed le mostró su carnet de conductor.

-¿Están ustedes en maniobras? -inquirió Steed.

-Más o menos eso, señor. -Alzó la vista repentinamente alarmado-. ¿Este es su nombre?

-Por supuesto. John Steed. Vivo en... -¿Le importaría esperar aquí un momento? El joven cabo corrió a la cabaña de madera situada al costado del camino llevando consigo el carnet de conductor. Se diría que Steed fuera conocido. Al cabo de un momento un sargento salió dirigiéndose por la izquierda al auto, se detuvo al lado del Bentley y luego se sentó rígidamente en el asiento delantero.

-¿Qué quiere? -preguntó Steed. ¡Está usted arrestado, señor!

Steed sonrió, mofándose.

r-¿Y dónde quiere que lo lleve?

-¿Esta es su dirección?

-Naturalmente. Ese es mi carnet de conductor.

-Ahí es donde quiero que me lleve. Steed se encogió de hombros y partió.

El sargento era un hombre taciturno que no sabía nada, creyendo implícitamente que un hombre arrestado por el Ejército británico quedaba arrestado sin más discusión. No se preocupaba de portar armas o algo semejante.

Había varios vehículos militares en la aldea misma y pasaron ante dos diferentes escuadrones de soldados que marchaban a través de las callejuelas.

Cuando llegó al cottage encontró una guardia militar completa en el lugar. Steed los saludó flojamente y se bajó dirigiéndose a la casa por la vereda del medio. Se metió la mano

al bolsillo en busca de la llave, pero al acercarse él la puerta se abrió desde adentro.

El coronel Hayburn estaba de pie y tranquilamente apoyado en la repisa de la chimenea con un revólver en la mano. Sonrió al entrar Steed.

-Por fin ha regresado. Temía que le hubiera ocurrido algún accidente en Baviera. Ya sabe cómo son las cosas por allá. Las armas se disparan todo el tiempo. Es un lugar peligroso. ¿Tomó desayuno?

-Sí, gracias. Sólo me sirvo una taza de café puro.

-Muy sabio. -Se dirigió al sargento de escolta-. Lleve a este hombre al calabozo del regimiento y encadénelo. El señor Harris lo verá cuando esté quebrantado.

-¡Sí, señor!

-Supongo que no le importará decirme qué diablos está pasando -inquirió Steed-. Esta insignificante rebelión, suya no tiene la menor probabilidad de éxito.

Hayburn asintió.

-Me siento inclinado a darle la razón. Pero temo que sea por culpa suya. Tendremos que pasarlo por las armas como primer enemigo del régimen. -No cabía duda de que el coronel había recobrado el ánimo-. Creo que gozaré viéndolo. Sargento, lléveselo.

Esta vez Steed viajó en un furgón especial del Ejército con una escolta de dos hombres. Parecían estar menos enterados que Steed sobre lo que sucedía, pero estaban seguros de que *Herr* Harris iba a proporcionarles una diversión antes que la vida volviera al cotidiano tedio del cuartel.

-Los meterán presos -dijo Steed.

-A nosotros no, señor. Estamos cumpliendo órdenes de nuestros oficiales superiores. Eso está indicado en el Reglamento dé la Reina.

Cuando llegaron a Swindon, Steed trató de resistirse, únicamente para mostrarles que no podía ser encarcelado por un capricho. Pero ambos soldados parecían peligrosamente dispuestos a hacer uso de sus armas y, en todo caso, Steed deseaba conocer al tal Harris.

El calabozo era uno de los lugares más tétricos que Steed hubiera visto en su vida, y luego de permanecer dos horas sentado en un rincón con cadenas oxidadas alrededor de sus muñecas y tobillos, decidió que era hora de hacer algo. El coronel Hayburn había recibido todo el estímulo que podía dársele.

Steed se estiró lo más que pudo hacia el brasero. Si lograba alcanzar uno de esos fierros de marcar, le serviría perfectamente de palanca para abrir los grilllos. Forcejeó hacia adelante, pero el ardor en sus muñecas era demasiado para resistirlo.

Finalmente se echó para atrás, poniéndose a cavilar. Pensó en la última vez que había visto a Hayburn en Einsiedeln, con su cara pálida al volante del Mercedes. Con una brusca sacudida Steed dio un puntapié y volcó el brasero. El esfuerzo estuvo a punto de hacerlo

Librodot

gritar de dolor, pero tenía al alcance del pie uno de los fierros de marcar.

Steed estuvo ocupado trabajando durante cerca de media hora y sus cadenas fueron abriéndose una después de la otra. Entonces recogió el brasero, poniendo de nuevo los fierros al fuego, y se sentó de espaldas a la pared con las cadenas en su sitio. Ahora se sentía en mejor posición para gozar con los acontecimientos.

Descubrió que *Herr* Harris era decididamente viejo. Cuando llegó, con cinco hombres y el coronel Hayburn al último, la primera impresión de Steed fue que lo había visto antes. Pero Harris era viejo, un anciano frágil al que mantenía vivo el fanatismo que brillaba en sus ojos. Lo halló asimismo aburridor, luego de oírle un largo discurso sobre Alemania y la decadencia del Oeste.

-¿Dónde está la señora Peel? -preguntó Steed.

-¿La conoce?

-No, pero oí hablar de ella en los noticiarios. Pensé que sería más entretenida que usted.

Hayburn dio un paso adelante y le abofeteó la cara.

-Ambos están locos -suspiró Steed. Harris rió entre dientes.

-Sí. Supongo que lo estamos. La señora Peel se encuentra en casa de la familia Throgmorton con uno de mis mejores hombres. Está haciendo el equipaje.

-Ah. ¿Se mudan todos? -preguntó Steed en son de chiste.

Harris asintió.

-Esta pequeña demostración habrá cumplido su propósito por esta noche. Por lo que la señora Peel y yo regresaremos a Alemania. Es el único lugar que aprecia la mano firme de un jefe. Y desde que usted asesinó a mi amigo Neufeld, tendré que volver a tomar el mando. -Harris se dio vuelta bruscamente, agarrándose la mano izquierda para impedirle que temblara y masculló-: Ya está. Ejecuten a este hombre.

Tan pronto como Harris hubo cerrado la puerta tras él, Hayburn se inclinó preguntándole a Steed cómo se sentía.

-Medio borracho, viejo. Pero no creo que me dure mucho. -Sonrió-. Me sorprende que el anciano no se lo lleve a Alemania. Pero supongo que será por lo incompetente que es usted. Estropea todos los trabajos que se le encomiendan.

Ahora Hayburn estaba parado frente a él. -Este es un trabajo que me complacerá llevar a cabo.

Cuando el hombre se disponía a sacar el arma, Steed se puso repentinamente de pie, golpeó con su cabeza la mandíbula de Hayburn y al mismo tiempo le quitó el arma. Antes que los soldados pudieran reaccionar, Steed les apuntaba con el revólver.

-Muy bien -dijo en tono dramático-, no se muevan.

-No me mate -gritó Hayburn-. No tuve intención de liquidar a la muchacha. Le apuntaba a usted.

-Es usted un pésimo tirador.

Librodot

Steed indicó con un ademán a los soldados que metieran a Hayburn dentro de la "doncella de hierro".

-No tengan cuidado -les aseguró-. Sólo mata cuando se clavan las púas en los ojos. El coronel Hayburn seguía lamentándose, pero los hombres habían recobrado el ánimo y lo metieron gozosos dentro de la "doncella de hierro". Estaba bastante apretado y las púas que había en el interior lo punzaban de manera incómoda. Pero los soldados se sentaron en la tapa como si fuera una maleta atestada y finalmente lograron cerrarla.

Los quejidos se convirtieron en gritos, pero eran gritos ahogados. Steed rió suavemente y golpeó apenas la cabeza de metal.

-No se vaya -ordenó-. Pronto vendrá la policía a buscarlo. Y si alguna vez vuelvo a verlo, le dispararé en cuanto lo divise.

Emma oyó las palabras: "Ejecuten a este hombre", antes de desconectar el receptor y guardar la pluma fuente en su bolso. Era hora de actuar.

Lo malo de Steed, pensaba mientras iba presurosa a su autito Lotus Elan blanco, era que no podía pasar mucho tiempo sin meterse en honduras. Necesitaba a alguien que velara por él. Apartó con un ademán a sus dos guardias.

-Estaré fuera dos horas -exclamó-. Quédense aquí hasta que llegue *Herr* Harris y díganle que espere.

Cubrió la distancia en veinte minutos justos, convencida con cada instante que pasaba de que Steed estaría más y más cerca de las puertas de dondequiera que lo mandaran: la de arriba o la de abajo. Chirriaron los neumáticos cuando entró al patio del cuartel, se tocó la pistola que llevaba contra el muslo y pasó por la sala de guardia.

Dos soldados se cuadraron cuando siguió de largo bajando al calabozo. Trataron de decirle que alguien se había ido, pero eso ella lo sabía. Estaba únicamente interesada en el hombre que quedaba. .
Pero el calabozo estaba vacío. Se quedó parada observando durante varios segundos la mazmorra, intentando localizar los quejidos. Entonces vio moverse la "doncella de hierro".

-¡Steed! -Corrió hacia el instrumento de tortura y abrió los cerrojos-. ¿Qué diablos le han hecho?

Hayburn se incorporó frotándose los ojos.

-¿Steed? -El coronel salió del marco metálico y estiró los músculos-. Así es que es amiga de Steed, ¿verdad? Debí haberlo adivinado.

Se lanzó repentinamente sobre ella y como lo esquivara la cogió de los cabellos. Los tiró violentamente y trató de darle con la rodilla en la cara. Pelear con las mujeres era algo que no ponía mucho a prueba sus nervios.

Emma gimió de dolor; trató de arrojarlo al suelo, pero no lo logró. Farfulló disculpas mientras sacaba la pistola y le disparó. Estaba

Librodot

inclinado sobre ella y la bala penetró en forma directa al corazón. Emma tuvo que apartarse rápidamente para evitar echar a perder su abrigo de pelo de camello de varios colores.

-Apostaría que habría errado el tiro a veinte metros -dijo una voz detrás de ella. -¡Steed! Creí que iban a matarlo.

-A decir verdad, estuvieron pensando en ello. Pero los hice cambiar de opinión. -Estiró la mano-. Suba al campo de maniobras. Tiene apenas tiempo para ver el fin de una revuelta. -Subieron del brazo la escalera como si fueran a pasar una velada agradable en el teatro-. Temía que fuera a perderse el espectáculo. Pero yo logré.. .

-*¿Usted* logró? Steed se echó a reír.

-Bueno, debo confesar que no logré matar al coronel Hayburn.

11
HARRIS VENCIDO

-Si nos apuramos -dijo Steed-, podremos llegar a la granja antes que Harris se vaya. -¿Por qué no le dejamos irse? -preguntó Emma-. Estoy segura de que cuando llegue a Alemania desorganizará todo el movimiento político de derecha. Serviría tanto como un arma secreta.

El campo de maniobras estaba lleno de movedizos uniformes grises, con los oficiales gritando a voz en cuello: "¡A discreción!" y "¡Atención!" que nadie parecía oír. La palabra "motín" andaba de boca en boca y se oían voces pidiendo disculpas ahora que Hayburn había muerto. Steed se agachó, subiéndose con todo cuidado al diminuto Lotus, y dejó que lo alejaran de la escena. Que el Ejército arreglara su propio embrollo.

-Me pregunto por qué la gente estará siempre tramando revoluciones y maquinan do llegar al poder -manifestó. Esa mañana el sol brillaba y los cerros verdeaban con los maizales. Si solamente la gente se dedicara a la jardinería o a pescar...-. No entiendo a las personas como Hitler.

Emma se rió.

-Creo que es tiempo de que abandone esa autobiografía. Parece que le está trastornando el juicio.

Quedó pensando en el asunto. Le había quedado gustando la frase "por lo que uno se siente inclinado a preguntar ¿qué?" y había pensado en una espléndida nota al pie de la página. "Los tres cadáveres en la fortaleza subterránea de Hitler no fueron nunca identificados, pero hay razones para creer que eran ayudantes embozados." Pero quizás habría que sacrificar todo aquello.

-Recuérdeme cuando vayamos de vuelta a casa -dijo Steed- de detenerme en una ferretería a comprar una pala.

La granja parecía desierta. Emma manejó hasta frente a la casa y fueron a golpear la puerta.

-¿Sabe -confidenció Steed mientras esperaban- que estuve a punto de creer que Harris era realmente Adolf Hitler? Emma se rió.

-Quién sabe si será mejor que trepe usted por una ventana -dijo Steed por último-. Se ve claramente que no piensan abrir la puerta. Observó a Emma saltar con gracia al techo del porche y desaparecer por una ventana del piso alto. No hubo ruido de disparos ni de muebles quebrados. Steed esperó pacientemente, cortó un clavel verde para el ojal y le hizo señas a una robusta joven que pasaba en un tractor.

-Entre -dijo Emma. Mantuvo la puerta abierta, con el ceño fruncido-. He hallado algo que debiera interesarle.

-Espléndido. -Entró con ella a la casa-. He estado pensando -agregó-. ¿Quiere recordarme de poner un aviso pidiendo un buen jardinero?

-Abajo, en el sótano.

Steed la siguió al refugio antiaéreo de concreto debajo de la casa.

-Dios mío -dijo en voz baja. Miró los cuerpos en el suelo-. Esto me recuerda el día en que...

Los tres cuerpos eran idénticos. Todos se veían exactamente como Ludwig Harris. -¿Qué explicación le da a esto? -preguntó Emma.

-No tengo ninguna que ofrecer -declaró Steed-. Pero por lo menos tenemos la triple certeza de que ha muerto.

FIN